

# **Pensamiento Cristiano**

**Temas para la reflexión**

(Año 2004)

Pastor José M. Martínez  
Dr. Pablo Martínez Vila

# Pensamiento Cristiano

## *Temas para la reflexión*

Una colección de los «Temas del mes» del año 2004  
del website «Pensamiento Cristiano»

**José M. Martínez**, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es presidente de la Alianza Evangélica Española, y vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

**Pensamiento Cristiano** es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la mayoría de las librerías cristianas. Para encontrar una librería cristiana cerca de su lugar, puede consultar las **Páginas Arco Iris Cristianas** en internet en la dirección <http://www.paginasarcoiris cristianas.com>.

## Índice

Enero 2004 – «Fiel es Dios»... ¿Lo somos nosotros?.....	3
Febrero 2004 – Ser y estar en la iglesia.....	7
Marzo 2004 – No siento a Dios cerca.....	10
Abril 2004 – El poder de su resurrección.....	14
Mayo 2004 – Caminante, Sí hay camino.....	16
Junio 2004 – Los creyentes también lloran.....	18
Julio 2004 – Levántate, resplandece.....	21
Septiembre 2004 – En la noche oscura de la depresión.....	23
Octubre 2004 – Sobre el pecado, la culpa y el perdón.....	27
Noviembre 2004 – La muerte y el más allá.....	30
Diciembre 2004 – Las maravillas de la Navidad.....	34
Libros de José M. Martínez.....	37
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila.....	37
Folletos de José M. Martínez.....	37

Copyright © 2004, José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

## «Fiel es Dios»... ¿Lo somos nosotros?

Suele entenderse la fidelidad como lealtad en el cumplimiento de los compromisos que alguien ha contraído. En muchos casos incluye un sentimiento de amor o cariño hacia otro ser, en favor del cual se hace cuanto pueda contribuir a su bienestar. En este sentido se habla de la fidelidad de los perros respecto a sus amos, por ejemplo. A nivel humano, se dice que es fiel el empleado que cumple escrupulosamente los deberes que le han sido señalados por su amo. Ejemplo aún más elevado: el de la fidelidad conyugal, es decir, la lealtad amorosa que los cónyuges se prometen el día de su enlace matrimonial. En el plano espiritual, es fiel el creyente que se compromete a confiar en Dios y obedecerle. Pero el ejemplo más sublime de fidelidad se halla en Dios mismo, siempre cumplidor de sus pactos y promesas. Así nos lo atestiguan las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Pocos temas podrían ser más inspiradores para el pueblo cristiano al principio de un nuevo año.

### La fidelidad divina en el Antiguo Testamento

Aparece brillantemente en la relación de Dios con su pueblo Israel, ante el cual se enfatiza: «Conoce que Yahvéh, tu Dios, es el Dios verdadero, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos...» (Dt. 7:9; Sal. 36:5; Is. 11:5). Esa fidelidad se une a su inmutabilidad, como se desprende de la palabra más usada en el hebreo del Antiguo Testamento para expresar la idea de fidelidad: *emunah*, cuya raíz, *aman*, significa seguridad o firmeza. El concepto se nos ilustra a veces, muy atinadamente, mediante la metáfora de la «roca» (Dt. 32:4; Sal. 18:2; Sal. 42:9; Is. 17:10). De los textos bíblicos se deduce que nada ni nadie puede anular los propósitos y las promesas de Dios, fundamentados en la solemnidad de un pacto inquebrantable. En su día lo aseguró Dios por medio del profeta: «Los montes se moverán y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia ni el pacto de mi paz se romperá». (Is. 54:10). Ni siquiera las infidelidades de su pueblo pueden dejar sin efecto lo que ha prometido. Así se puso de manifiesto en la historia de Israel. Uno de los textos más patéticos que hallamos en el Antiguo Testamento expresa la sublime reacción de Dios frente a la infidelidad de su pueblo, ilustrada por el adulterio de la esposa de Oseas (Os. 11:8-9).

No es de extrañar que la fe del israelita piadoso hiciese de la fidelidad divina el fundamento de su fe y uno de los objetos preferentes de su alabanza (Sal. 36:5; Sal. 40:10; Sal. 89:1, 8; Sal. 92:2; Sal. 100:5; Is. 25:1). Sin duda, la fidelidad de Dios era la mejor garantía de salvación. Todo lo que él había prometido -las múltiples bendiciones inherentes al pacto- tendría plena realización. Y esto no en virtud de méritos u obras de los israelitas, sino por la gracia inmerecida del Todopoderoso (Dt. 7:6-8; Dt. 8:17-18). La apostasía y los muchos pecados de Israel le atrajeron graves juicios, pero no extinguieron la misericordia y la fidelidad del Altísimo. Tras las pruebas correctivas, el pueblo siempre experimentó su ayuda. Así pudo verse en el cautiverio judío en Babilonia y la posterior restauración. Israel había sido infiel; pero Dios había permanecido fiel. Y fiel permanecerá hasta la consumación de los siglos (Is. 40:8). La historia y la escatología bíblicas así nos lo muestran.

## **La fidelidad de Dios en el Nuevo Testamento**

En la segunda parte de la Biblia el término *pístós* (fiel) está etimológicamente emparentado con *pístis* (fe o confianza). Y, ciertamente, Dios es digno de confianza porque es fiel, pese a las infidelidades humanas (Ro. 3:3-4). El pueblo israelita sufrió -y sufre aún- el juicio condenatorio de Dios; pero «al final todo Israel será salvo» (Ro. 11:25-29). Esta perspectiva pone de relieve que, por la fidelidad de Dios, todos sus propósitos de salvación se cumplen. Esta verdad tiene facetas preciosas que resplandecen en los escritos de los apóstoles para nuestro consuelo y aliento:

### ***La fidelidad de Dios, garantía de nuestra salvación en Cristo (1 Co. 1:8-9)***

La salvación no es un beneficio que el creyente disfruta de modo autónomo, como si tuviera capacidad para alcanzarla y mantenerla por sí mismo. Depende de que el cristiano viva «en comunión con Cristo» (1 Co. 1:9; cf. Ef. 1:3, 7). Tan vital es esa comunión que, según enseñanza del propio Señor Jesucristo, es comparable a la unión del sarmiento con la vid (Jn. 15:1-5). Pese a lo esencial de la comunión con Cristo, ésta se ve amenazada por muy diversas formas de alejamiento, bien por influencias exteriores, bien por tendencias pecaminosas internas. Algunos creyentes temen que no podrán vivir a la altura del propósito divino, pero «fiel es Dios», quien, mediante su Espíritu y la acción de su Palabra, ayuda a sus redimidos a no salirse de la esfera de «comunión con su Hijo».

### ***La fidelidad de Dios, auxilio en la tentación***

«Fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podáis resistir, sino que proveerá también, juntamente con la tentación, la vía de escape para que podáis soportar» (1 Co. 10:13). De las palabras de Pablo se deduce que, por la fidelidad de Dios, toda tentación o prueba tiene una salida, un camino de escape y que lo que el cristiano tiene que hacer es seguir las instrucciones dadas por Dios en su Palabra (es lo que los corintios debían hacer frente a los pecados expuestos en 1 Co. 10:1-12). Esto, por supuesto, no significa que el cristiano, con absoluta certeza, saldrá triunfante de toda tentación («el que piensa estar firme, mire que no caiga», 1 Co. 10:12), sino más bien que Dios no le abandonará en la prueba.

Quizás alguien se preguntará: ¿Qué sentido tiene el texto que estamos comentando (1 Co. 10:13) en el caso del creyente que cae cuando es tentado? ¿Cabe dudar del auxilio del Señor? Conviene recordar que la promesa se hace después de una aseveración importante: «No os ha sobrevenido una tentación que no sea humana» (1 Co. 10:13) y que esa «humanidad» de la tentación sugiere la posibilidad de caer. Pero aun después de la caída, Dios puede actuar de modo que se produzca un levantamiento, una restauración. Pedro cayó negando tres veces al Señor; pero después, en el momento oportuno, fue restaurado por el Cristo resucitado. «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Jn. 1:9). «Si somos infieles, él permanece fiel; no puede negarse a sí mismo» (2 Ti. 2:13).

### ***La fidelidad de Dios y la santificación de sus hijos***

Una de las prioridades en el desarrollo del cristiano debe ser la santificación total («para que todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» - 1 Ts. 5:23). Esta meta sería inalcanzable si hubiésemos de llegar a ella por nuestras propias fuerzas. Pero la santificación, al igual que la justificación, es obra de Dios. Por eso el Señor Jesucristo pidió al Padre: «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad» (Jn. 17:17). Dios, mediante la acción del Espíritu Santo, nos va transformando más y más a semejanza de su Hijo (2 Co. 3:18) por el poder modelador de su Palabra.

Conocedores de nuestros defectos, debilidades y tendencias pecaminosas, nos parece que esa tarea es imposible. Pero Pablo afirma con acento triunfal: «Fiel es el que os llama, el cual también lo hará» (1 Ts. 5:24). Lo hará aunque para lograrlo a veces tenga que usar circunstancias y experiencias correctoras (He. 12:5-10). Se ha comprometido a hacerlo en virtud de su fidelidad.

### ***La fidelidad divina, estímulo para nuestra perseverancia***

Así lo entendió el autor de la carta a los Hebreos cuando escribió: «Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió» (He. 10:23). Los cristianos procedentes del judaísmo, a los cuales fue dirigida esta exhortación, habían sufrido vituperios y pérdida de bienes por su fe. Sus anteriores correligionarios se burlaban de la simplicidad de sus creencias y de su culto y les presionaban para que abandonasen el Evangelio y volviesen a la religión de sus padres. Pero su nueva fe les abría una perspectiva radiante con las promesas de vida eterna que Dios les había hecho. Estas promesas no procedían de un apóstol, ni de un ángel. Las había formulado Dios mismo por medio de su Hijo encarnado. Y este que prometió es fiel, lo que equivale a decir: su fidelidad asegura vuestra salvación. En tal caso vale la pena «mantener firme la profesión de nuestra esperanza», cueste lo que cueste.

Todo lo expuesto descansa sobre un fundamento glorioso:

### ***Cristo, nuestro «misericordioso y fiel sumo sacerdote» (He. 2:17)***

Él es el autor de nuestra salvación. Como Mediador entre Dios y los hombres, ha llevado a efecto la expiación de nuestros pecados al precio de su sangre (He. 8-10), que es la garantía de un nuevo pacto (Mt. 26:28; He. 8:6). Nos ha reconciliado con Dios (Col. 1:19-21). Él, que fue tentado en todo según nuestra semejanza, aunque sin pecado, «puede compadecerse de nuestras debilidades» (He. 4:15), lo que nos anima a acercarnos confiadamente al Trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (He. 4:16). Podríamos decir que en él y por él el creyente tiene a su favor todos los recursos de la gracia. Nada más necesitamos para asegurar nuestra herencia eterna de redimidos. Todo porque Cristo también es fiel.

### ***La fidelidad del cristiano***

Es lógico que el creyente corresponda a la fidelidad de Dios con su propia fidelidad. Es lo que se espera de cuantos desean agradarle y servirle. En las enseñanzas de Jesús la fidelidad del siervo aparece como deber ineludible con especial relieve (Mt. 24:45; Mt.

25:21; Lc. 12:35-48; Lc. 16:10; Lc. 19:17). Y tanto las Escrituras como la historia de la Iglesia nos ofrecen ejemplos estimulantes de siervos fieles. Nos impresionan figuras tan admirables como Jeremías o Juan el Bautista. El primero sufrió encarcelamiento, burlas y rechazo. El segundo, una muerte ignominiosa. Suerte parecida corrieron Esteban, Jacobo, Pablo y Pedro. Asimismo la historia de la Iglesia nos da a conocer la fidelidad heroica de miles de mártires que prefirieron perderlo todo, la vida incluida, antes que negar a Jesucristo como su único Señor. Todavía en nuestro tiempo multitud de cristianos en diferentes países están sufriendo diversas formas de persecución; pero perseveran fieles en su testimonio cristiano.

Sin duda, grande es el precio del discipulado, aunque no siempre haya de ser sellado con la tortura o la muerte. ¿Qué cristiano puede escapar de la prueba de sus propias debilidades así como del menosprecio, las burlas o la oposición malévola de quienes no comparten su fe? Pero igualmente cierto es que la fidelidad del creyente no perderá su recompensa. Cristo mismo dijo: «Sé fiel hasta la muerte y yo te dará la corona de la vida» (Ap. 2:10). Y en su día dirá a cada uno de quienes le han sido leales: «Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor» (Mt. 25:21).

«Dios es fiel»... ¿Y nosotros?

*José M. Martínez*

## Ser y estar en la iglesia

Pocos conceptos han sido tan desvirtuados a lo largo de los siglos como el de «iglesia». Lo que originalmente significaba la comunidad de fieles que creían y seguían a Jesucristo, unidos entre sí por la comunión en el Espíritu Santo y la fuerza aglutinante de la Palabra; lo que constituía una gran familia espiritual; lo que era un rebaño que escuchaba la voz del Buen Pastor y le seguía, pronto se convirtió en una gran institución jerarquizada, encorsetada en un riguroso sistema ritual y sacramental, regida por un espíritu de autoridad más que por la fuerza del ejemplo y el amor. Al mismo tiempo, aunque paulatinamente, la comunidad cristiana se vio afectada por la introducción de errores y pecados graves en su seno. Algunos todavía subsisten. Y hoy, después de veinte siglos, la Iglesia suele despertar pocas simpatías, tanto si es católica como si es protestante u ortodoxa. Muchos de quienes asisten a sus cultos lo hacen irregularmente, por tradición o convencionalismo social, con una fe más bien débil y superficial.

Este fenómeno se observa aun entre creyentes evangélicos de quienes cabría esperar una mayor consistencia espiritual. Esto se debe en parte a la idea que tienen de la iglesia y de lo que debe ser su relación con ella.

### La necesidad de «ser y estar»

Creo que fue Agustín de Hipona quien por primera vez usó la frase «Ser y estar en la Iglesia», con lo que certeramente dio a entender la verdadera naturaleza de la comunidad eclesial. Deplorablemente la frase no tardó en interpretarse mal. Estar en la Iglesia significaba aceptar sumisamente todas sus doctrinas y someterse a la autoridad jerárquica de sus ministros, tanto en el orden doctrinal como en el moral y el espiritual. Se empezaba a estar en la Iglesia en el momento del bautismo y se permanecía en ella por la eficacia de los restantes sacramentos. Los conceptos neotestamentarios de fe personal, conversión, nuevo nacimiento, prácticamente habían desaparecido. La Iglesia vino de este modo a ser -por medio de sus obispos y sacerdotes- la dispensadora de la gracia de Dios. De ahí la conclusión dogmática «fuera de la Iglesia no hay salvación». No era posible una corrupción más grave del Evangelio, pues con esa locución la Iglesia venía a usurpar el lugar y la función de Cristo. Plugo a Dios, no obstante, que la Reforma del siglo XVI repusiera la doctrina de la salvación mediante «sólo Cristo» y «solo por la fe», con lo que «estar en la Iglesia» adquiere un significado distinto al predicado por algunos durante siglos.

Estar en la Iglesia es formar parte esencial de la misma, de modo análogo a como la piedra usada para construir una catedral forma parte de la misma. Así nos lo sugiere Pedro en su primera carta (1 P. 2:4-5). Sin embargo, la restitución de la salvación en y por Cristo como doctrina fundamental de la fe cristiana no libró a las iglesias surgidas de la Reforma de peligrosas incongruencias en la práctica. Todavía hoy, en el campo evangélico, se observa cierta superficialidad cuando se piensa en la relación del cristiano con la Iglesia (tanto en el sentido más amplio de Iglesia universal como en el de iglesia local). Con relativa frecuencia se oye decir: «Voy a la iglesia» (como si se dijera: «Voy al teatro»). La frase en sí ya denota una dicotomía peligrosa; hay una relación, pero no una identificación. Se ve la iglesia como algo adonde hay que ir. No se está en ella. La iglesia es una cosa; yo soy otra. Aquí radica el mal, porque esa alienación permite vivir de modo totalmente autónomo. Mi fe tiene su satisfacción en el culto el domingo, quizá incluso en otros momentos de la semana; pero las restantes parcelas de mi vida son cosa mía. Una cosa es la iglesia; otra, mi vida. Error fatal. La Iglesia es el cuerpo de Cristo (Ef. 1:22-23;

1 Co. 12:13). Ambos son inseparables. Si yo por la fe estoy en Cristo, estoy también en la Iglesia; **soy** iglesia, lo que ineludiblemente condiciona mi modo de pensar y de obrar. ¿Qué es la Iglesia? ¿Qué somos los cristianos según el plan de Dios? «Linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 P. 2:9).

### **Implicaciones del «ser y estar»**

La Iglesia, los cristianos, tú, yo, debemos ser en la práctica lo que ya somos en el propósito de Dios: hombres y mujeres que viven de acuerdo con los principios del Evangelio, que se gozan en su mensaje y lo anuncian por todos los medios a su alcance. Estamos moralmente obligados a vivir vidas ejemplares. Y a evangelizar. Esta tarea no es exclusivamente propia de pastores o evangelistas especialmente dotados para la misma. Es misión de todos los creyentes. En la evangelización del mundo del primer siglo tan importante como la predicación de los apóstoles fue la de miles de convertidos a la fe de Cristo. Ser cristiano es ser Iglesia, lo que implica identificarse con su esencia y sus fines, participar en su culto, comprometerse en su sostenimiento e involucrarse en su labor de testimonio en el seno de la sociedad.

Causa dolorosa preocupación ver cuántos creyentes, miembros de una iglesia, asisten con irregularidad al culto dominical. Especialmente en los países occidentales se está perdiendo el carácter sagrado del día del Señor. El motivo más nimio puede ser suficiente para quedarse en casa o para pasar el domingo disfrutando de formas de asueto menos espirituales. Igualmente apena observar el escaso interés en compartir la comunión con los hermanos que muestran algunos. Al parecer, más y más se está perdiendo «lo bueno y delicioso» que es «habitar los hermanos juntos en armonía» (Sal. 133:1).

Vital es asimismo que todo miembro de una iglesia local se comprometa seriamente delante del Señor a participar con generosidad en la ofrenda para su sostenimiento y para el desarrollo de su obra (2 Co. 9:6-8) y que coopere activamente en ella.

Esta obra no tiene límite en sus dimensiones, tanto en el área de la evangelización como en el de la instrucción bíblica y el de ayuda a los necesitados. En estos campos hay trabajo para todos, bien asumiendo responsabilidades especiales, bien colaborando con quienes las tienen. La obra de Dios no es cosa de especialistas (pastores, maestros, diáconos, líderes de jóvenes, etc.) solamente. Cada miembro debe contribuir a la labor del conjunto con los dones y la capacidad que Dios ha concedido a cada uno. Nadie ha de considerarse tan poco dotado que no pueda hacer nada en el servicio del Señor. Recuérdese lo enseñado por Pablo en su primera carta a los Corintios, donde enfatiza la multiplicidad, la dignidad y la utilidad de todos los miembros (aun los aparentemente menos importantes) en el cuerpo eclesial (1 Co. 12:14-22).

### **Salvaguardando la dignidad de la Iglesia**

Tanto en su sentido universal como en su expresión local, la iglesia es una comunidad sagrada; templo en el que Dios mora por su Espíritu (1 Co. 3:16). En el conjunto de los redimidos ve Dios la esposa mística de su Hijo que un día será presentada ante él «gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, santa...» (Ef. 5:27). Al presente la Iglesia vive experiencias inefables de comunión con su Señor, de amor y entrega abnegada en respuesta a la vocación con que ha sido llamada. Esta es su gloria. Pero al mismo tiempo arrastra el lastre de no pocos defectos y debilidades, incluso pecados escandalosos, harapos repulsivos a ojos del mundo. Esta es su miseria.

Llegará un día cuando la Iglesia, «triumfante», será glorificada y perfectamente transformada a semejanza de su Señor. Pero en el tiempo presente es Iglesia «militante», en constante pugna contra toda suerte de adversarios. Su propia naturaleza humana hace que de continuo sufra los embates de una carnalidad variopinta, siempre maligna. Ello explica que en días del apóstol Pablo, la comunidad cristiana de Corinto, congregación de «santos», «santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos» (1 Co. 1:2), se viera amenazada de destrucción por la inmoralidad sexual, los celos, las banderías, la arrogancia, el infantilismo espiritual, los pleitos, la desconsideración hacia el hermano débil, la idolatría, la profanación de algo tan sagrado como la Cena del Señor.

Estos y otros pecados se han visto en la Iglesia a lo largo de los siglos. Subsisten, más o menos manifiestamente, en las iglesias de nuestro tiempo. Y ello se debe no solamente a la acción de fuerzas diabólicas (Ef. 6:12), que las hay, sino también -probablemente en la mayoría de los casos- a las inconsecuencias de los creyentes: su tibieza espiritual, paulatino alejamiento de la iglesia, carencia de abnegación, excesivo amor propio, falta de compromiso en el servicio cristiano, negligencia, irresponsabilidad y «dejarse llevar» a la hora de combatir debilidades del carácter (orgullo, envidia, iracundia, problemas personales, complejos de superioridad o de inferioridad, etc.) muchas de las cuales han causado la ruina de numerosas iglesias. Sólo Dios y los pastores saben el daño que causan un espíritu crítico destructivo, la reacción desproporcionada frente a una ofensa, la murmuración, los chismes. En mi libro *Tu Vida Cristiana* (el primero que escribí) menciono el recuerdo de un cuadro que había visto hacía algún tiempo. «Solamente había un grabado. Examinado de cerca y en detalle, se veía a la puerta de una suntuosa iglesia un corrillo de mujeres en animado diálogo. Sus miradas permitían adivinar el carácter poco edificante de su conversación. Alejado el grabado a dos metros de distancia, se perdían de vista los detalles. Y se contemplaba en el conjunto la faz del diablo con una sonrisa de gran satisfacción. ¿A la puerta de cuántas iglesias no sonreirá el maligno con idéntico sentimiento?»

No es raro oír de labios de un creyente una frase referida a su congregación: «la iglesia va mal». ¿Es realmente la iglesia la que va mal o es él quien no va bien? Y si realmente la comunidad tiene problemas ¿qué hace el crítico para ayudar a resolverlos?

**Ser y estar** en la iglesia. Sí, pero ¿cómo? Podemos estar en ella como meros espectadores, aportando a su crecimiento poco o nada; como simples «convidados de piedra»; como censuradores implacables; como derrotistas amargados. Pero también como eficaces colaboradores, con un espíritu pacificador, constructivo, de acuerdo con la exhortación de Pablo: «Todo lo que hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por él» (Col. 3:17). Hacer algo en el nombre de Cristo equivale a hacerlo como él lo haría, con el mismo dominio propio, con la misma humildad, el mismo amor, el mismo celo por la gloria de Dios, la misma entrega a la Iglesia que él tanto amó.

Si soy iglesia, todo lo que para bien o para mal afecta a la iglesia me afecta también a mí. Y mi estado espiritual influye en ella. Con ella me robustezco espiritualmente y glorifico a Dios o me debilito y le deshonro. Cuando la juzgo me estoy juzgando a mí mismo. Si la condeno, es a mí mismo a quien condeno. Pero Dios no nos ha puesto para juzgar, sino para servir. ¿Podrá decir de mí: «Buen siervo y fiel...»?

*José M. Martínez*

## No siento a Dios cerca

### El lugar de los sentimientos en la vida de fe

«Parece que esté hablando solo», «es como si le orara a la pared», «Dios me parece muy lejano». Esta dificultad para sentir a Dios es una de las quejas más frecuentes en la vida cristiana y terreno propicio para las dudas e incluso las crisis de fe si no se entiende bien el problema. Todos hemos sentido a Dios lejos en algún momento. A algunos les ocurre en la conversión, cuando esperan un sentimiento intenso de la presencia de Dios y se sienten frustrados «porque no me ha ocurrido nada especial». Por cierto, esta sensación es frecuente en los hijos de creyentes porque su conversión es progresiva, un proceso en el tiempo que hace más improbable la espectacularidad de una conversión repentina como la de Saulo en el camino de Damasco o la del ladrón en la cruz. Por esta razón, algunos jóvenes llegan a «convertirse» hasta media docena de veces (¡esta fue mi propia experiencia siendo adolescente!) buscando la seguridad de su salvación en unos sentimientos que no llegan. De ahí la importancia de clarificar el papel y la naturaleza de los sentimientos en la vida cristiana, en especial para los jóvenes en la fe.

Otras veces nos ocurre en el período devocional cuando buscamos la comunión con el Señor o incluso estando en la iglesia. Descubrimos como una frialdad, como si la oración fuera un monólogo con uno mismo o como si estuviéramos totalmente solos.

#### ¿A quién afecta este problema?

Empecemos por decir que esta experiencia es universal, afecta a todos los creyentes, incluso a los más maduros y santos. Por ejemplo, los salmistas nos han dejado escrito el testimonio de momentos espirituales cuando Dios les parece un ser lejano e irreal. Al estudiar los Salmos sorprende las veces en las que aparece el adverbio «lejos» referido a Dios. «Por qué estás lejos, oh Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación?» (Sal. 10:1). «¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?», inquiera David en el Sal. 13:1. Un estudio detallado de los salmos es un filón para conocer los altibajos espirituales de grandes hombres de Dios, en especial del rey David. En los salmos encontramos como un diario íntimo de su lucha por sentir a Dios cerca y experimentar la misericordia y la presencia del Señor. Por ello este libro de la Biblia se ha convertido en un libro de vigencia permanente para todos los creyentes, porque en él vemos, como en un espejo, nuestras propias luchas espirituales.

#### ¿Cuáles son las causas?

En estas ocasiones cuando Dios parece muy distante la causa del problema no está, desde luego, en él. Su proximidad a nosotros no depende de si lo sentimos o no. La sencilla ilustración del sol y la nube es muy útil para entender esta realidad. ¿Brilla el sol en un día nublado? La respuesta es sí. El sol está brillando, pero por encima de las nubes. Se ha interpuesto una nube que me impide verlo y sentirlo, pero la distancia entre el sol y nosotros no ha variado un ápice. La realidad subjetiva, tal como la veo yo, es que el sol ha dejado de brillar. La realidad objetiva, no obstante, es que el sol sigue brillando exactamente igual que siempre. Si pudiéramos remontarnos hacia arriba, por encima de las nubes, nuestra visión subjetiva cambiaría por completo.

¿Cuáles son estas nubes? ¿Qué causas producen la dificultad para sentir? A veces son **causas pasajeras**, duran unas pocas horas o días y, luego, desaparecen. Entre

ellas destacan el **cansancio** y el **stress**. Ambas actúan sobre nuestra capacidad de sentir en general, no sólo espiritual. El agotamiento, físico o emocional, va a secar nuestros sentimientos. Mientras dure este estado, no podemos esperar otra cosa que dificultades para sentir a Dios. Por tanto, si empiezas a orar y Dios te parece lejano, la primera pregunta que debes hacerte no es: «¿Hay pecado en mí? ¿Me ha olvidado Dios?», sino «¿Estoy cansado?, ¿necesito dormir o comer?».

Un síntoma que suele acompañar al cansancio es la irritabilidad, la dificultad para el autocontrol; nos enfadamos con mucha facilidad cuando estamos cansados. La mayoría de discusiones o roces familiares ocurren al final del día, al llegar a casa después de una jornada agotadora, lo cual nos alerta a no «bajar la guardia» hasta que hayamos descansado un poco. La tensión acumulada durante el día la hacemos salir en forma de agresividad con los que menos culpa tienen.

El **stress** también afecta mucho la vida espiritual, sobre todo si se asocia con depresión. Ello es así porque altera nuestra percepción de la realidad, nos hace ver las cosas de forma distorsionada, como unas gafas mal graduadas. Veamos dos ejemplos de la Biblia: Moisés, en un momento de su ministerio, estaba profundamente deprimido (Nm. 11:10-17). Incluso llega a tener ideas de muerte: «yo te ruego que me des muerte» (Nm. 11:15) le suplica a Dios. La causa de esta depresión severa era su agotamiento emocional: «No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía» (Nm. 11:14). Observemos que Dios no responde a Moisés con reprensión, no hay ni una sola palabra de condena o rechazo. Por el contrario, le proporciona una salida: «Reúneme setenta varones... y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo» (Nm. 11:16-17). La depresión no es en sí misma un pecado, de ahí la actitud comprensiva del Señor. Moisés se sentía agotado y deprimido y ello le impedía ver la realidad tal como era; veía las cosas peor, más negras, entrando así en un fatal círculo vicioso lleno de oscuridad.

El otro ejemplo, en el Nuevo testamento, nos muestra a los apóstoles en una situación emocionalmente parecida a la de Moisés: estaban luchando contra las olas, «remando con gran fatiga», en medio de una fuerte tormenta en el mar de Galilea (Mt. 14:22-33). Era un momento de gran stress porque el oleaje les impedía avanzar y sus vidas corrían peligro. Jesús, al verles en esta situación límite, «vino a ellos andando sobre el mar» (Mt. 14:25), pero ¡los apóstoles le confunden con un fantasma! ¿Qué les había ocurrido para cometer este notable error de percepción? ¿Por qué se equivocan y gritan «un fantasma»? La abrumadora tensión del momento había distorsionado su visión. Cuán consoladora la actitud de Jesús ante su fragilidad: «¡Tened ánimo; Yo soy; no temáis!» El stress altera nuestra capacidad para percibir a Dios, y, como los apóstoles, a veces somos incapaces de reconocer al Señor en medio de las tormentas de la vida.

Así pues, nos costará a veces sentir a Dios cerca porque estamos muy tensos o cansados. Un efecto muy parecido produce la **depresión**. Uno de sus síntomas principales es la dificultad para sentir ilusión o placer. Los sentimientos parecen anestesiados y la persona está desinteresada, apática. Por ello, el deprimido puede confundir la causa de su problema -la depresión- con sus consecuencias, la aridez espiritual. Es importante diferenciar entre ambos a fin de no acumular falsos sentimientos de culpa.

Escuchemos el testimonio personal de una joven en circunstancias de depresión:

*«Cuando levantaba mi voz a Dios, sentía como mis propias palabras chocaban en el techo, rebotaban, y se volvían contra mí, aplastándome... ¿Con quién estás hablando? ¿A quién te diriges? ¿No ves que eres hipócrita? ¿No ves que no*

*sientes nada de lo que dices? Eres falsa. Mi voz no podía llegar hasta él. Había como un cristal que me separaba de Dios; yo sabía que él era real, que estaba ahí, pero, sin embargo, me era imposible sentirle, me sentía muerta. Dios era para mí un ser lejano, distante, un Dios ausente, imposible de alcanzar, estaba perdiendo la fe, a la vez que me sentía rebelde contra Dios».*

En ocasiones la depresión no se manifiesta de forma pasajera, sino crónica. Se le llama **personalidad depresiva**. Forma parte del carácter. Tiene síntomas parecidos a la depresión, pero de menor intensidad. Suele remontarse a la infancia y está relacionada con traumas y heridas del ambiente familiar. Un niño que no se siente valorado adecuadamente, al que no se le estimula para tener una autoestima sana, vivirá luego, de adulto, dominado por sentimientos de incapacidad e inferioridad. Tomemos como ejemplo un joven cuyo padre pensaba que su hijo no necesitaba oír frases positivas y de ánimo porque ello le convertiría en un «creído»: «Eres un desastre, no sirves para nada. Siempre serás un inútil». Este era el alimento emocional que recibió este joven. Tales comentarios van forjando en el niño los sentimientos de minusvalía típicos de una depresión crónica.

Es muy importante saber que a la personalidad depresiva le costará sentir el calor y el amor de los demás. Puesto que no ha aprendido a recibir el afecto de su primer amor, padre o madre, le va a costar mucho llegar a sentir el afecto de sus amores posteriores: novio, novia, amigos y Dios mismo. Esta persona no logra sentirse amada; sabe que le quieren, pero no lo siente. Este problema, que puede afectar seriamente la vida matrimonial, también se manifestará en su vida espiritual: Dios le parece siempre lejos porque es incapaz de sentir su amor.

Sabremos que el problema es emocional y no espiritual porque abarca a todas las esferas de sus relaciones, no sólo su vida espiritual. Si el problema estuviera en su relación con Dios, a causa de un pecado por ejemplo, la carencia de sentimientos afectaría sólo esta esfera. Al depresivo le cuesta sentirse amado en cualquier relación un poco profunda.

Observamos, por tanto, cómo los sentimientos son frágiles y están expuestos a oscilaciones frecuentes. Son como un fuego que se apaga o se enciende según las condiciones del tiempo; basta un poco de lluvia para extinguirlo. Por ello no son un termómetro fiable para medir la calidad de nuestra oración ni mucho menos la profundidad de nuestra fe.

### **¿Qué importancia tienen realmente los sentimientos en la vida cristiana?**

Tres consideraciones nos ayudarán a responder a esta pregunta como conclusión al tema:

La fe es una experiencia global: «con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente»

En primer lugar, la vida espiritual, la fe, implica a toda la personalidad humana, no a una sola de sus dimensiones: la voluntad, que se manifiesta en **decisiones**; la mente, que se manifiesta en **pensamientos**, y el corazón o las emociones que se expresan en **sentimientos**. Estas tres partes deben guardar un equilibrio armónico porque ninguna de ellas es mejor o superior a las demás. La fe debe tener sentimientos; no puede consistir en un ejercicio frío, intelectual. Pero no puede ser sólo emocional porque ello sería como espuma que se desvanece y no permanece. Lo mismo podríamos decir de la mente y de la voluntad. En la vida de fe equilibrada toda la personalidad está en acción y no sólo

una parte de ella. Debemos acercarnos a Dios de la misma forma que se nos pide que le amemos: «con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente» (Mt. 22:37).

#### Evitando la hipocondría espiritual

En segundo lugar, la fe en general y la oración en particular no es algo que ocurra sólo dentro de nosotros. No ocurre **dentro** ni tampoco fuera. Ocurre **entre**. Es una relación entre Dios y nosotros. Ello debe libranos de centrar nuestra preocupación sobre el estado interior: «¿qué siento?, ¿cómo estoy?». La mirada debe fijarse en Dios. Cuando dejamos de mirar al Señor para fijarnos en nosotros mismos quedamos expuestos a una tentación sutil de Satanás: la **hipocondría espiritual**, es decir una preocupación excesiva por mi «salud» espiritual. Un poco de introspección es buena porque puede proporcionar luz; pero demasiada introspección nos puede convertir en cristianos neuróticos, más pendientes de nosotros mismos que de Cristo. La exhortación de He. 12:2, «puestos los ojos en Jesús», es fuente de salud espiritual porque nos libra de caer en un auto-examen excesivo que conduce a la parálisis. C.S. Lewis escribió en su libro «Cartas a un diablo novato»: «Mantén la mente de tu paciente concentrada en su vida interior... que su atención se enfoque principalmente sobre sus propios estados mentales». Este es el consejo que el diablo le da a su aprendiz a fin de hacer fracasar la vida de oración del creyente recién convertido.

#### Distinguiendo entre sentir a Dios y el sentido de Dios

Por último, necesitamos cultivar la presencia de Dios en nuestra vida. Para ello hemos de distinguir entre **sentir a Dios** y el **sentido de Dios**. Son realidades distintas. Sentir a Dios constantemente es imposible porque mientras siento no puedo hacer otra cosa, requiere una atención exclusiva, de lo contrario el sentimiento desaparece. En cambio, desarrollar el sentido de Dios en mi vida es tomar conciencia de la presencia continua del Señor en mí; expresándolo en otras palabras, es tener **conciencia de Dios**. Esto constituye una **actitud** vital. Yo puedo estar inmerso en una tarea absorbente y, por tanto, incapaz de sentir a Dios. Pero sé, soy consciente de que Dios está ahí, conmigo y –a través de su Espíritu- dentro de mí. El monje Nicolás H. de Lorena lo puso en práctica de manera admirable. En medio de sus tareas como cocinero practicaba lo que él llamaba «una conversación con Dios habitual, silenciosa, secreta». Y su consejo era que «debemos desarrollar el sentido de la presencia de Dios conversando continuamente con él».

La Biblia describe esta hermosa realidad espiritual con expresiones como «ser temeroso de Dios» o «vivir en el Espíritu». Dios es tan central en nuestra vida, está tan presente que lo preside todo. Es «caminar con Dios» como hizo Enoc (Gn. 5:24). Es vivir «como viendo al Invisible» (He. 11:27). Es requerir la presencia del Señor en nuestro andar diario: «Si tu Presencia no ha de ir conmigo...» (Éx. 33:15). Esta debe ser la meta primera de nuestra fe: vivir con y para Dios, no tanto sentirle cerca. En el momento en que dejes de obsesionarte con los sentimientos, éstos fluirán de manera natural y paulatina.

*Dr. Pablo Martínez Vila*

*(Este artículo es una adaptación y revisión realizada por el propio autor del capítulo 2 de su libro Psicología de la oración.)*

## El poder de su resurrección

### Fuente de aliento para la vida diaria

«Acuérdate de Jesucristo resucitado de los muertos» (2 Ti 2:8)

En el calendario cristiano ocupa un lugar destacado la llamada Semana Santa, cuando se recuerda la pasión y muerte de Cristo seguida de su resurrección. Desde el principio de la revelación cristiana, la crucifixión del Señor se ha considerado la clave de nuestra salvación. En la cruz del Calvario Jesús cargaba con nuestros pecados y mediante su sacrificio cruento los expiaba, Así abrió la puerta de nuestra reconciliación con Dios, principio de una vida nueva en su Reino Sin embargo, glorioso como es en sí el mensaje de la cruz, perdería su eficacia si nuestro Salvador no hubiese resucitado de entre los muertos. De ahí el empeño de los escritores sagrados, testigos del gran milagro, en destacar y acreditar este hecho. El apóstol Pablo, en una síntesis inigualada del Evangelio (1 Co. 15:3 y 4). Tres frases lo resumen todo: «Cristo murió por nuestros pecados», «fue sepultado, «resucitó al tercer día conforme a las Escrituras». Y el resto del capítulo lo dedica a demostrar la veracidad histórica de este último acontecimiento. Tal importancia le concede que lo convierte en piedra de toque del mensaje cristiano: «Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe» (v. 14).

En otro texto, el que encabeza este tema, el apóstol relaciona la resurrección del Señor con el ministerio cristiano. Timoteo, colaborador suyo, como fiel soldado de Jesucristo, había de sufrir penalidades a semejanza del propio apóstol (2 Ti. 2:3-9). Las circunstancias en que su milicia había de discurrir eran duras, una tentación al temor, al enfriamiento espiritual, a la deserción. Pues bien, hay un antídoto eficaz para el desánimo y la deslealtad, el dado por Pablo a su hijo espiritual, Timoteo: «Acuérdate de Jesucristo levantado de entre los muertos» (2 Ti. 2:8). Con este milagro se ponía de manifiesto su poder sobre todas las fuerzas de destrucción, incluida la misma muerte. No es posible hallar mayor fuente de estímulo y confianza. Su ascensión personal ante cualquier tipo de peligro, duda o sufrimiento puede ayudarnos a salir indemnes de toda tentación:

**Cuando sentimientos de culpa te lleven a dudar de tu salvación**, «acuérdate de Jesucristo resucitado» y entenderás que «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro. 8:1), pues Cristo «fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación» (Ro. 4:25).

**Cuando las tribulaciones de la vida amenacen con hundirte**, «acuérdate de Jesucristo resucitado». Aun del sepulcro se levantó triunfante. A sus discípulos los libró del naufragio cuando una tempestad en el lago de Tiberíades estaba a punto de acabar con sus vidas. En otra ocasión, andando de noche sobre las aguas del mismo lago, provocó el terror de los discípulos que creían ver en la figura caminante un fantasma. En muchas situaciones oscuras de nuestra vida solemos ver fantasmas estremecedores cuando en realidad nos hallamos ante la presencia de un Salvador todopoderoso, a quien oímos decir: «Soy yo, no tengáis miedo» (Mt. 14:22-27).

**Cuando veas que tu cielo se nubla y te atenaza un sentimiento de frustración**, «acuérdate...» y todo cambiará en tu interior, como cambió el de los dos discípulos de

Emaús, primeramente tristes y desconcertados por la muerte del Maestro, pero después radiantes de gozo y pletóricos de energía espiritual al comprobar que su Señor, resucitado, era el Cristo, vivo y glorificado.

**Cuando veas que la Iglesia languidece y se mundanaliza con peligro de extinción**, «acuérdate...». Jesús te dice: «No temas, yo soy el primero y el último, el que vive; estuve muerto; pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.» (Ap. 1:17, 18). Él sigue diciendo: «Edificaré mi iglesia y las puertas del hades no prevalecerán contra ella» (Mt. 16:18)

**Cuando tu fe se vaya enfriando y empiece a perderse tu primer amor**, «acuérdate...». Le oirás decir: «Bástate mi gracia, porque mi poder en la debilidad se perfecciona» (2 Co. 12:9). «El que ha empezado en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el Día de Jesucristo» (Fil. 1:6).

**Cuando el temor a la muerte te deprima y debilite, o cuando te arrebate un ser querido**, «acuérdate...». El señor no sólo venció a la muerte, sino que, con su triunfo sobre ella, puede «librar a todos los que por el temor a la muerte están toda la vida sujetos a servidumbre» (He. 2:14,15). Cuando somos conscientes de estas realidades, podemos mirar a nuestro fallecimiento o al de nuestros deudos y amigos con serenidad, sin miedos recónditos o frías incertidumbres, Nuestra fe descansa en la promesa de Aquel que dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá» (Jn. 11:25). Tener a Cristo es tener la vida; nada ni nadie puede aniquilarla. Estamos unidos al Salvador mediante la fe, y nada podrá separarnos de él o de su acción redentora. Estamos unidos a Cristo como el cuerpo a la cabeza. En virtud de esta unión, Dios está totalmente a nuestro favor. Consecuencia: «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? (...) ¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (Ro. 8:31). Pablo responde con firme convencimiento: «Estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir (...) nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús.»

¡ACUÉRDATE...!

*José M. Martínez*

## Caminante, Sí hay camino

Los bien conocidos versos de Antonio Machado «Caminante no hay camino, se hace camino al andar» admiten una interpretación humanista que exprese la necesidad de esfuerzo por parte del hombre para abrirse paso en la vida. Pero en un sentido más trascendente, el camino no hay que hacerlo, ya está hecho. Lo hizo Dios conforme a propósitos tan amorosos como sabios. Cuando Samuel, Jeremías, Saulo de Tarso o el propio Señor Jesucristo se hallaron en el cauce de la vida no tuvieron que bregar para pensar o labrar su destino. Dios lo tenía trazado de antemano según sus «caminos» y sus «pensamientos» (Is. 55:8-9) y dirigió el curso de los acontecimientos para que su plan divino se cumpliera. Lo mismo puede decirse de la vida de cada uno de sus hijos. Yo lo veo claramente, paso a paso, en el curso de mi propia vida.

El camino de Dios para cada uno de sus hijos es personal, diferente del reservado para otros. El del apóstol Juan no fue el de Pedro, ni el de Esteban el de Pablo. Pero pese a las diferencias, hay mucho de común en lo que Dios tiene reservado para cada uno de sus redimidos. De todos puede decir lo que dijo a Jeremías acerca de los judíos deportados a Babilonia: «Yo sé los pensamientos que tengo para vosotros: pensamientos de paz y no de mal» (Jer. 29:11). Siempre «todas las cosas cooperan para bien de aquellos que aman a Dios» (Ro. 8:28). Esta declaración, sin embargo, no significa que la vida de todo creyente es un camino de rosas. Tampoco es una amplia avenida; generalmente es un **camino estrecho** en el que no faltan asperezas, cuestas fatigosas, curvas y rodeos desconcertantes, bordes que dan a precipicios. Por él hay que avanzar siempre sin desfallecer. Pero si en algún momento sobreviene el desmayo, poder hay en Dios para «dar vigor al cansado y acrecentar la energía al que no tiene fuerzas» (Is. 40:29). Así lo han experimentado infinidad de creyentes que, conforme a la promesa divina, desde su agotamiento recobraron la energía necesaria para correr sin cansarse y caminar sin fatigarse (Is. 40:31).

Ahondando en el tema, hemos de señalar que, en conformidad con los «pensamientos» de Dios, la senda de su pueblo es un **camino de santidad**; no pasará inmundo por él, sino que Dios mismo andará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará» (Is. 35:8). A quienes transitan por él dice el Señor: «Sed santos, porque yo soy santo» (1 P. 1:16). Esto significa que la vida del creyente se ha de distinguir por la rectitud moral (vivir «como hijos de Dios», Ef. 5:8), por la dedicación a Él y por el amor (Ef. 5:2). «Sin la santidad, nadie verá al Señor». Es en ella donde el cristiano encuentra la suprema realización en la formación de su carácter, lo que en sí tiene mucho de vivificante.

El camino preparado por Dios es además un **camino protegido**. «No habrá allí león, ni subirá ninguna fiera por él; no se hallarán allí, para que caminen los redimidos» (Is. 35:9). Los judíos piadosos que desde lugares lejanos peregrinaban a Jerusalén para adorar a Dios en el templo habían de andar largas distancias expuestos a no pocos peligros, especialmente a los de fieras y salteadores; pero se confortaban unos a otros cantando: «El Señor es tu guardian, tu sombra a tu mano derecha (...). El Señor te guardará de todo mal, guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre» (Sal. 121:5-8).

En nuestro andar por la vida frecuentemente nos vemos envueltos en experiencias amargas que nos sumen en una perplejidad abrumadora: enfermedades, pérdidas dolorosas, desengaños, ofensas inesperadas... Ante esas contrariedades solemos reaccionar inadecuadamente: o nos hundimos en la melancolía, o desconfiamos de la bondad de Dios, o maldecimos al causante de nuestra desgracia. O nos encendemos con el fuego de la ira o se apaga la llama de nuestra fe como la de una vela al menor soplo de viento. Y sólo acertamos a repetir la pregunta tantas veces hecha por infinidad de seres humanos atribulados: «¿Por qué?», «¿Por qué a mí?» En situaciones así deberíamos seguir la senda trazada por la sabiduría espiritual que en labios del salmista nos dice: «Encomienda al Señor tu camino, confía en él, y él hará» (Sal. 37:5). El espíritu de esa sabiduría pondrá en nuestros labios una encendida plegaria: «¡Padre, hágase tu voluntad!» Entonces también nosotros cantaremos como los piadosos judíos que peregrinaban a Jerusalén: «¿De dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene del Señor que hizo los cielos y la tierra» (Sal. 121:1-2). Su soberanía es inalterable, como lo son su misericordia y su poder.

También es un **camino bien transitado**. Millones de creyentes han pasado -y siguen pasando- por él. Nos confirma esta realidad el capítulo 11 de la carta a los Hebreos (He. 11). Su texto nos muestra que ningún cristiano hoy camina por la senda de la fe en solitario. Estamos «rodeados» por aquellos héroes de la fe (He. 12:1), como si desde las alturas nos animasen a seguir adelante. Su fidelidad es para nosotros un estímulo poderoso. Pero más lo es la presencia, como pionero y guía, del Señor Jesucristo, «autor y consumidor de la fe». Él también recorrió nuestro camino, en su caso mucho más doloroso y descorazonador, más humillante, hasta llegar al término: la cruz. A su muerte siguió su resurrección y, resucitado, dice a sus discípulos: «Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (Mt. 28:20). Hoy, también.

Y es un **camino sin fin**. Nos conforta esta característica de la vía diseñada por Dios para cada uno de nosotros; en ningún punto o momento se corta, pues cuando tiene fin en la tierra continúa en el cielo. Es eterna, porque eterna es la vida que Dios nos da en Cristo (Jn. 10:28). Yo por mi sendero voy avanzando hacia el final, que es un principio nuevo, glorioso. La muerte no me aterra; es el vehículo que me trasladará a la esfera celestial si Cristo no vuelve antes. Ante esta perspectiva, hago mía la petición del salmista: «Sustenta mis pies en tus caminos para que mis pies no resbalen» (Sal. 17:5).

*José M. Martínez*

## Los creyentes también lloran

«*Tampoco queremos, hermanos, que... os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza*» (1 Ts. 4:13)

«¿Puede llorar un creyente? ¿No es ello expresión de una fe pobre? ¿Cuál es la reacción correcta de un cristiano durante el luto?» Estas preguntas, muy frecuentes, reflejan la confusión existente en un tema que tiene muchas repercusiones prácticas en la vida de fe. Por ello necesitamos conocer qué dice la Palabra de Dios al respecto.

Cuando el creyente pierde a un ser querido, tiene muchos motivos de consuelo. Sabe que Cristo ha cambiado el sentido de la muerte, que ya no es el final de todo sino la transición a una vida «mucho mejor» (en palabras de Pablo). Sabe que la resurrección de Cristo nos da una esperanza firme de que volveremos a encontrarnos en «cielos nuevos y tierra nueva». Son muchas las promesas que mitigan la desesperación del creyente en los momentos de luto.

Sin embargo, a pesar de los numerosos motivos de esperanza y del consuelo de la fe, ni aun el más fuerte de los santos puede evitar el dolor de la separación cuando pierde a un ser querido. Esta fue la experiencia del mismo Señor cuando, ante la tumba de Lázaro, lloró abiertamente. Las lágrimas de Jesús por la muerte de su amigo son altamente reveladoras. Nos enseñan varias lecciones esenciales para entender el proceso del duelo y «llorar con los que lloran» de forma adecuada:

**La muerte no es algo natural**, sino todo lo contrario: es un hecho antinatural porque no fuimos creados para morir, sino para vivir. Está lejos del plan original de Dios al crear al ser humano. La muerte es «normal» en el sentido que afecta a todos, es una experiencia *universal*; pero es *antinatural* y repulsiva en su misma esencia. La Palabra de Dios nos define la muerte claramente como un enemigo, «el último enemigo». Por ello siempre nos costará aceptar algo que va en contra de la imagen Dios en nosotros, en contra de este sello de eternidad del que nos habla el autor de Eclesiastés: «Ha puesto eternidad en el corazón de ellos» (Ec. 3:11).

**Lo natural es el dolor ante la muerte.** De lo expuesto anteriormente se deduce que nuestra reacción espontánea ante la muerte sea de dolor y de rechazo. ¡Esto sí que es natural! Aquí es donde empezamos a entender que *los creyentes también lloran*. Lloramos porque el trauma de la separación, en sí mismo, es idéntico al del no creyente. La esperanza firme en una vida nueva con Cristo no detiene de forma automática las lágrimas. La Biblia es muy realista cuando nos narra de la manera más natural el duelo de grandes siervos de Dios, desde los patriarcas hasta los ancianos de la iglesia de Efeso. De ellos nos dice Lucas que «hubo gran llanto de todos; y echándose al cuello de Pablo le besaban, *doliéndose en gran manera* por la palabra que dijo de que no verían más su rostro» (Hch. 20:37-38).

**La fe cambia la naturaleza de nuestras lágrimas.** Después de todo lo dicho, sería erróneo concluir que el duelo de un creyente es igual al de la persona sin una fe personal en Cristo. ¡En absoluto! La fe cambia profundamente *la forma* de llorar. Lloramos, sí, pero lloramos de manera diferente, lloramos con esperanza. Porque hay dos «tipos» distintos de lágrimas: las que surgen de un corazón desasosegado, destrozado por la desesperanza de ver en la muerte el final de todo. Son lágrimas vacías, o quizás podríamos parafrasear a Hemmingway en uno de sus escritos, diciendo que son lágrimas «*llenas de nada*». Pero también hay lágrimas que coexisten con la serenidad y la paz de saber que la muerte no sólo no es el final, sino que es precisamente el comienzo de todo. Son lágrimas *llenas de esperanza*. Brotan de la mejilla de aquel que cree firmemente en la victoria de Cristo sobre la muerte en la cruz.

## ¿Cómo hay que llorar entonces?

El apóstol Pablo, en el pasaje que encabeza este escrito, alude a estas dos formas distintas de llorar: con o sin esperanza. Ahí radica la clave para un duelo adecuado, propio de un creyente, un duelo que, en palabras de J. Packer, «santifique a Dios». Porque podemos santificar a Dios en todas nuestras actitudes y experiencias, desde las más gozosas hasta las más tristes.

Vamos, por tanto, a analizar seguidamente de qué maneras prácticas podemos expresar este duelo con esperanza. ¿Cómo conseguir el equilibrio entre el dolor natural y la serenidad de la fe? Para ello consideraremos un ejemplo bíblico, Esteban, el primer mártir de la Iglesia Primitiva. Aunque no se trate de un caso de duelo en sentido estricto, la forma como afrontó la muerte este gran hombre de fe nos marca el camino a seguir. Lo hemos escogido como modelo porque en su martirio Esteban llevó a su máxima expresión tres actitudes que todo creyente debería manifestar ante la muerte:

**Sin amargura.** Esteban tenía muchas razones para sentir odio hacia los que le apedreaban de manera tan brutal como injusta. Podía haber muerto maldiciendo a sus enemigos o incluso acusando a Dios con amargura por su «silencio» y su lejanía en la hora de la muerte. Esta reacción habría sido perfectamente comprensible ante una multitud de personas que «se enfurecían en sus corazones y crujían sus dientes contra él» (Hch. 7:54). Lejos de ello, repararemos en las últimas palabras de Esteban momentos antes de expirar: «Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta su pecado. Y habiendo dicho esto, durmió» (Hch. 7:60).

**Con paz.** «Entonces todos los que estaban sentados en el concilio, al fijar los ojos en él, vieron su rostro como el rostro de un ángel» (Hch. 6:15). Le acababan de acusar con calumnias graves (Hch. 6:11-12) que implicaban una muerte segura. Este complot para quitarle la vida se originó en la intensa envidia de los supuestos líderes religiosos del momento: «Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba» (Hch. 6:10). Sin embargo, aun en medio de esta turba malvada y sin escrúpulos, Esteban mostró tal serenidad y sosiego de espíritu que la gente alrededor descubrió algo singular, excepcional en este varón de Dios: su rostro era como el rostro de un ángel. La pregunta es inevitable: ¿cómo puede un hombre en estas trágicas circunstancias tener una paz tan profunda? La respuesta está en la fe.

**Con fe.** En tiempos de aflicción, la fe nos hace alzar la vista al cielo: «Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios. Y dijo: He aquí veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios» (Hch. 7:55-56). Si Esteban hubiese centrado su atención en los que le calumniaban y en la injusticia tremenda que sufría, casi seguro que habría reaccionado de modo diferente. Pero había aprendido una lección que es vital en momentos de tribulación y en especial a la hora de afrontar la muerte: la fe mira hacia arriba, no hacia abajo. Esta fue la experiencia de Moisés, quien por la fe «se sostuvo como viendo al Invisible» (He. 11:27). Uno de los peores enemigos en el sufrimiento es la autocompasión. La autocompasión suele ser el resultado de un exceso de introspección, mirar demasiado dentro de uno mismo. Y el exceso de introspección, a su vez, lleva a la desesperación: «¡Pobre de mí, qué injusto es esto!». En el duelo es necesario mantener el equilibrio entre una auto-observación ponderada –mirar dentro de mí me permite entender qué me pasa- y mirar hacia arriba donde está sentado Aquel que provee «la esperanza puesta delante de nosotros, la cual tenemos como segura y firme ancla del alma». Los que son capaces de asirse de esta esperanza, «tendrán un fortísimo consuelo» (He. 6:18-19).

La Biblia, no obstante, es muy realista. Después de la muerte de Esteban hay un hecho que no debe pasarnos desapercibido: la reacción de luto de los discípulos. «Y hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban, e hicieron gran llanto sobre él» (Hch. 8:2). ¿Por qué tenían que llorar si su amado hermano estaba con el Señor? ¿Acaso la gloriosa visión del cielo que Esteban

acababa de tener no era una confirmación de su fe? ¿Acaso la reciente resurrección de Jesús, con sus posteriores apariciones, no estaba fresca en su memoria? Entonces, ¿por qué lloraban? La fe no excluye el duelo. La reacción de llanto de los discípulos era normal y necesaria. «Hay un tiempo para todo y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora» dijo el autor del Eclesiastés. Ante la muerte hay un tiempo para la expresión robusta de la fe, como hizo Esteban; pero también hay tiempo para llorar. Las lágrimas no son señal de una fe débil. Son la muestra de que el lado más duro de la muerte –la separación- ha tocado la fibra más sensible del corazón humano.

### **«Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación»**

No podemos olvidar, al concluir, estas palabras del Señor, claras y rotundas, pronunciadas como parte de las Bienaventuranzas del Sermón del Monte. En realidad, contiene la mejor respuesta a aquellos creyentes que piensan, erróneamente, que llorar no es propio de un cristiano maduro. En esta afirmación encontramos varias implicaciones prácticas muy alentadoras en tiempos de aflicción. El Señor Jesús nos enseña que:

- El hecho de llorar es algo natural, lo da por supuesto. No necesita justificar su afirmación ni dar explicaciones. Así de simple: las lágrimas son la forma más natural y sencilla de expresar el duelo. Jesús no reprende a los que lloran, sino que ¡los llama bienaventurados, felices!
- Llorar no sólo no es negativo, sino que se considera deseable. Viene incluido en una lista de cualidades positivas del carácter tales como la mansedumbre, la pureza de corazón o el ser pacificador.
- El duelo, llorar, no es incompatible con la «bienaventuranza» o felicidad en el sentido bíblico. Podemos estar muy afligidos por la muerte de un ser querido y, al mismo tiempo, conservar la actitud de serenidad y de paz que tuvo Esteban.
- Esta felicidad del afligido es algo más profundo que un sentimiento; es la convicción de que nada ni nadie, «ni la muerte... ni lo presente ni lo por venir nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús» (Ro. 8:38-39).
- La felicidad del afligido viene del hecho de que recibirá consolación. Esta promesa de consuelo es la llave que cambia algo negativo a primera vista –las lágrimas- en una bendición.

Por tanto, aun en medio del luto, el creyente se considera bienaventurado. Es verdad que duele por un tiempo, y a veces duele mucho, porque el dolor de la muerte es universal. Pero el duelo tiene fecha de caducidad. El creyente llora, sí, pero llora «feliz» –bienaventurado- porque es capaz de contemplar la muerte desde una óptica totalmente distinta. Vislumbra el otro lado de la muerte, aquella perspectiva luminosa de una vida con Cristo para siempre «quien enjugará toda lágrima de los ojos y donde no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas pasaron» (Ap. 21:3-4). Lloro con esperanza; vive consolado.

*Dr. Pablo Martínez Vila*

## Levántate, resplandece...

*«... porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha amanecido sobre ti» (Is. 60:1).*

Estas palabras son dirigidas a la hija de Sión, es decir, al pueblo de Israel, pero a un Israel en estado de postración y oscuridad comparable al del desastre causado por la destrucción de Jerusalén en el año 586 a. C. y el subsiguiente cautiverio de los supervivientes en Babilonia. No podían darse circunstancias más dolorosas y humillantes. Y tanto se prolongaba aquella situación que parecía no haber para los deportados la menor esperanza de restauración. Pero es precisamente en la oscuridad más densa donde más resplandece la gloria del plan que Dios tiene para su pueblo. Por eso las palabras proféticas que encabezan este artículo constituyen un maravilloso mensaje de aliento. El capítulo 60 de Isaías, en su conjunto, presenta el cuadro de un pueblo de Dios restaurado, convertido en luz de las naciones por su irradiación de la gloria del Señor. La transformación del pasado no puede ser más sorprendente. A Sión le dice Dios: «En vez de estar abandonada y aborrecida, tanto que nadie pasaba por ti, haré que tengas renombre eterno...» (Is. 60:15). Los versículos finales tienen un marcado colorido escatológico, el propio de «cielos nuevos y tierra nueva» en la nueva Jerusalén que desciende del cielo (Is. 60:19-20; compárese con Ap. 21:1-2, Ap. 21:23).

El mensaje dirigido a la «hija de Sión» bien puede aplicarse a la Iglesia cristiana si tenemos en cuenta que el verdadero Israel, los auténticos descendientes de Abraham, somos los justificados por la fe en Jesucristo (Ro. 4:16-18). ¡Cuán inspiradoras son las palabras del profeta para nosotros hoy! ¡Y cuán necesarias! Salvo excepción de no pocos creyentes e iglesias locales fieles, la Iglesia cristiana a ojos del mundo aparece en muchos lugares como caída y sin fuerzas para erguirse, carente de la luminosa verdad de Dios y del poder renovador de su Espíritu. A juzgar por lo que se ve en muchos países, puede decirse que la Iglesia realmente se encuentra en un estado de postración y oscuridad, abatida por la debilidad espiritual, por la influencia de corrientes de pensamiento demoleedoras de la fe cristiana o por la conducta poco estimulante de muchos llamados cristianos. Por eso urge que resuene cual eco potente el llamamiento profético: «¡Levántate, resplandece!». En el texto bíblico se señala la razón de ese levantamiento resplandeciente: «porque ha venido tu luz y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti» (Is. 60:1). Esa iluminación del pueblo creyente es una realidad desde el día en que Cristo, «luz del mundo», se encarnó para llevar a efecto nuestra salvación. Desde entonces él es «la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo» (Jn. 1:9). Desgraciadamente muchos seres humanos cierran sus ojos a esa luz. Les molesta porque hiere su conciencia. («amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas; porque todo aquel que obra el mal aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean redargüidas», Jn. 3:19-20). Por el contrario, el creyente en Cristo puede decir: «El Señor es mi luz y mi salvación» (Sal. 27:1). En Cristo se convierte en luz para otros, y de él recibe el poder del Espíritu para vivir una vida nueva y luchar fielmente en defensa de la causa del Evangelio (Fil. 1:7).

Sucede, sin embargo, que frecuentemente somos derrotados por las fuerzas del maligno, el cual nos abate y nos envuelve en oscuridad espiritual. Las tribulaciones, las dudas, las flaquezas de la carne, las corrientes de pensamiento imperantes en el mundo, la propia tendencia a la tibieza espiritual, infinidad de causas pueden hundirnos en un estado de postración y penumbra. Entonces nuestra experiencia espiritual es de aletargamiento, insensibilidad, impotencia, y en vez de ser para nosotros fuente de gozo se convierte en carga pesada. El «primer amor» se enfría (Ap. 2:4) y nos instalamos en la indiferencia, lo que equivale a grave deslealtad, a la par que nos sume en un sopor mortífero.

Es en situaciones de tal gravedad cuando deben abrirse nuestros oídos al llamamiento divino: «¡Levántate, resplandece!». El primer paso en el camino de nuestra restauración a la normalidad espiritual debe ser el arrepentimiento. Hemos de reconocer que muchas de nuestras situaciones de postración y oscuridad tienen en el fondo un ingrediente de consecuencias

funestas: el no haber perseverado con la debida fidelidad en el amor y el servicio a Cristo, o tal vez el habernos permitido formas de conducta contrarias a los principios y normas de la Palabra de Dios. En tal caso sólo cabe una decisión sensata: la del hijo pródigo cuando dijo: «Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti» (Lc. 15:18). Ésta fue la actitud del salmista que también conoció la amargura del decaimiento: «Aunque caí, me levantaré; aunque more en tinieblas, el Señor será mi luz...» (Mi. 7:8). Y a este primer paso debe seguir la renovación de nuestra entrega a Cristo para vivir conforme a su voluntad y servirle de algún modo en su obra.

Con esa restauración no tarda en verse una maravilla: «He aquí que tinieblas cubrirán la tierra y oscuridad las naciones, mas sobre ti amanecerá el Señor y sobre ti será vista su obra» (Is. 60:2). La primera parte del texto nunca se había hecho tan visible como en nuestros días. Algunos historiadores han visto en la Edad Media la época más oscura de la era cristiana. Pero aquella oscuridad (de carácter más bien intelectual) no tiene punto de comparación con la tenebrosidad en que vive el mundo actual en todos los órdenes: político, económico, social, moral e incluso religioso. La novedad de la globalización, lejos de resolver los problemas económicos, más bien ha agudizado las tensiones con fuertes movimientos de oposición que dan lugar a nuevas formas de conflicto entre el mundo empresarial y el de los trabajadores. En el orden económico subsisten innumerables desigualdades entre ricos (cada vez más ricos) y pobres (cada vez más pobres). En el plano político se observan fallos crecientes de las democracias y en demasiados casos se pone de manifiesto que los gobiernos actúan, más que por principios de justicia y fines de paz, por intereses económicos. Y cuando surgen crisis graves entre dos o más países prevalece no la diplomacia, sino la violencia en sus formas más atroces. ¿Y qué diremos acerca de la esfera de la moral? Principios que secularmente se han considerado inviolables hoy son rechazados sin más paliativos que una invocación de los «derechos humanos» que abre las puertas a la permisividad y a formas de comportamiento que no sólo violan las leyes de Dios, sino que vulneran los postulados del sentido común y violan el orden establecido por la propia naturaleza. Nada digamos de lo que concierne a la religión, concepto hoy difuso a causa del sincretismo y del relativismo. Todas las religiones -se dicen- tienen cosas buenas; al fin de cuentas, todas llevan a Dios. Resultado: una tremenda confusión que aleja a muchos de toda inclinación religiosa. No es hipérbole afirmar que el mundo hoy está viviendo una fase de eclipse total que lo deja completamente a oscuras.

¡Cuán importante es que en tales circunstancias la luz de Dios resplandezca sobre su pueblo, como se indica en la segunda mitad de Is. 60:2! Esa luz no nos es dada para que nos jactemos de ella, pues no es obra nuestra. Tiene una finalidad eminentemente misionera: que las naciones anden a la luz irradiada por la comunidad que Dios ha restaurado (Is. 60:3).

Urgen algunas preguntas: ¿Cuál es hoy mi situación y la de mi iglesia? ¿Vivimos nuestra experiencia cristiana en un estado de postración y tinieblas que haga necesaria una renovación profunda, comparable a un nuevo amanecer espiritual? («la gloria del Señor ha amanecido sobre ti»). Si te ves postrado en la oscuridad, **levántate, resplandece**. Hace siglos que tu luz vino al mundo. Es hora de que venga plenamente a tu vida. Y a la mía; a la de todo cristiano. De ese modo muchos, viendo en nosotros el esplendor de Dios, serán atraídos a él y así se expandirá la gloria de nuestro Señor y Salvador.

*José M. Martínez*

## En la noche oscura de la depresión

«¿Puede un cristiano sentirse deprimido? ¿Es pecado la depresión? ¿Por qué esta moderna plaga emocional afecta a tantas personas, incluidos creyentes consagrados y maduros en la fe? ¿No es Cristo el mejor médico y la oración la mejor terapia?»

Estas preguntas, muy frecuentes, reflejan la inquietud de bastantes creyentes. Para ellos es difícil entender cómo una persona con fe en Cristo puede atravesar tiempos de depresión, agotamiento o sequía espiritual. Se les hace difícil conciliar la exhortación de Pablo «estad siempre gozosos» con la realidad de hombres y mujeres de fe sufriendo una depresión. Aun mayor perplejidad sienten cuando el problema afecta a los líderes espirituales, los pastores de la iglesia.

### Vasijas de barro y no de oro

¿Qué nos enseña la Palabra de Dios al respecto? Un análisis detallado del texto bíblico arroja mucha luz, y en especial mucho consuelo, a los que sufren una depresión. Para empezar, es difícil encontrar en toda la Biblia un solo personaje que no haya atravesado la angostura del valle o la oscuridad del túnel. Unas veces fue en forma de depresión (Elías en 1 R. 19:1-18; Jeremías, ver Jer. 20). Otras veces en forma de duda (Habacuc, Juan el Bautista); casi siempre con profundas experiencias de soledad y frustración (David, Pablo).

Al descubrir esta larga lista de héroes de la fe pasando por duras pruebas emocionales, nuestros ojos se abren a una conclusión realista: estos hombres y mujeres fueron gigantes en la fe, sí, pero también hombres de carne y hueso «sujetos a pasiones (sufrimientos) semejantes a las nuestras» (Stg. 5:17). Y ello es así porque Dios, en su soberanía misteriosa, se vale de vasos de barro y no de oro, vasijas frágiles, por cuanto «el poder de Dios se perfecciona en la debilidad... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co. 12:9-10). Dios permite sombras en sus mejores instrumentos para que solo su nombre resplandezca. La depresión se presenta, por tanto, con mucha naturalidad en la Biblia.

### Moisés, el líder que se quería morir

Vamos a analizar en detalle una de las crisis más destacadas de Moisés, el hombre escogido por Dios para ser guía del pueblo de Israel. Este gran hombre de fe, un verdadero modelo de quien se dice que «se sostuvo como viendo al Invisible», experimentó la depresión con gran intensidad hasta el punto de querer morir. Cansado de la desobediencia y las quejas constantes del pueblo, abrumado por el peso de la responsabilidad, sintiéndose muy solo y agotado, su espíritu desfallece:

*«Y dijo Moisés a Dios: ¿Por qué tratas mal a tu siervo? y ¿por qué no he hallado gracia en tus ojos, que has puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ...No puedo yo solo soportar a todo este pueblo que me es pesado en demasía. Si vas a tratarme así, yo ruego que me des muerte, si he hallado gracia a tus ojos; y que yo no vea mi desventura» (Nm. 11:11-15)*

## Síntomas de la depresión

Veamos, en primer lugar, qué le pasaba a Moisés ya que los síntomas de su depresión son frecuentes y ayudarán al lector a identificarse con la tribulación de Moisés.

En una etapa inicial Moisés interpela a Dios y parece que le pide cuentas por su forma de actuar, incluso le reprocha que le llamara a esta tarea. Abundan los «por qué» que reflejan la protesta y la confusión del gran líder. Hasta cinco preguntas le formula Moisés a Dios, preguntas con un contenido netamente depresivo. Observemos cómo se siente perjudicado y maltratado, sentimientos típicos de la depresión cuando la mente distorsiona los hechos, tal como veremos después, y ve la realidad mucho peor de lo que es.

Moisés necesita verter libremente todo lo que hay en su corazón. Es una protesta terapéutica porque la libre expresión de pensamientos y emociones tiene un notable efecto liberador. Es como una descarga del peso que le oprime. Moisés no puede contenerse. Necesita vaciar el enojo y la frustración contenidos en su corazón. Las palabras de Moisés, y sobre todo su forma y tono, revelan irritabilidad, otro síntoma habitual en la depresión. Es llamativo que Moisés, considerado «el hombre más manso de toda la tierra» (Nm. 12:3) llegue a este extremo de irritabilidad. El hastío y las palabras duras, casi agresivas, contra el pueblo, nos revelan a un hombre cansado, decepcionado, sin fuerzas para seguir adelante.

La descarga de Moisés llega a su máxima intensidad en Nm. 11:12: «¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo para que me digas: Llévalo en tu seno, como lleva la que cría al que mama?» Moisés deja entrever el deseo de abandonarlo todo. Hoy diríamos que le presenta su dimisión a Dios! Sin embargo en el versículo siguiente la descarga emocional empieza a dar sus frutos y ya es capaz de articular una queja más razonada y concreta: «¿De dónde conseguiré yo carne para todo este pueblo?» (Nm. 11:13)

Observamos, por tanto, cómo Moisés tiene una gran necesidad de vaciar su corazón, presentarle a Dios sus cargas. No podemos, sin embargo, omitir un hecho importante: Moisés no se queja de o contra Dios, sino a Dios. Aun en medio de su depresión, le habla a Dios desde una posición de sumisión y lealtad. No es pecado decirle a Dios cómo nos sentimos, aunque nuestra protesta sea tan enérgica como la de Moisés. El pecado radica más bien en la amargura de corazón acumulada tras meses o años de silencio. Silenciar nuestras cargas y dudas es un excelente caldo de cultivo para las crisis de fe.

Otro síntoma típico de la depresión son los pensamientos distorsionados. La manera de razonar, sentir y percibir la realidad se altera profundamente en el sentido de verlo todo desde una óptica pesimista y sin esperanza. Estos pensamientos negativos son característicos de la depresión y los vemos con gran claridad en este pasaje. Moisés, confundido por su visión depresiva, erraba en su valoración de Dios y en la evaluación de su trabajo. En cuanto a Dios, pensaba que le había abandonado e incluso que quería perjudicarlo. En cuanto a sí mismo, se sentía un fracasado.

La crisis va in crescendo hasta culminar en Nm. 11:15 con las ideas de muerte: «Yo te ruego que me des muerte». Es un proceso que tiene su lógica. Las ideas de fracaso, de inutilidad e incluso de culpa injustificada llevan a Moisés a sentirse como en un callejón sin salida en el que sólo la muerte parece una liberación. Primero, Moisés dirigió su hostilidad (queja) contra Dios; luego, contra el pueblo, y termina contra sí mismo. La tensión se había hecho insostenible. Moisés ha perdido su autoestima, hecho clave en toda depresión, y ello conlleva la pérdida de esperanza. Ante esta situación la única

salida que ve es la muerte. Puesto que no hay luz por ninguna parte, lo mejor es desaparecer. Moisés no veía ninguna salida a su túnel.

Algunas personas con depresión grave pueden tener una experiencia similar a la de Moisés en cuanto al deseo de morir. No olvidemos, en estos casos, que las ideas de suicidio en la depresión son la consecuencia de una mente que, enferma, es incapaz de pensar nada positivo. En este punto empezamos a entender que la depresión es, muchas veces, una verdadera enfermedad que afecta a la mente, los sentimientos e incluso la voluntad de la persona.

### **La causa de la depresión de Moisés**

La descarga emocional –abrirle su corazón a Dios sin reservas- le da a Moisés luz en cuanto a su problema. El hombre confundido de la primera etapa está ahora en condiciones de ver su situación con más claridad, hasta el punto que él mismo llega a ver la causa de su depresión: «No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía» (Nm. 11:14). Brillante diagnóstico. El contexto anterior –Nm. 11:1-10- nos ayuda a entender la razones de su agotamiento. Las repetidas quejas del pueblo, murmurando sin cesar, habían llegado a agotar la paciencia de Dios mismo: «Y la ira de Jehová se encendió en gran manera» (Nm. 11:10). No sorprende entonces, la tremenda tensión emocional de Moisés que acaba por minar su resistencia psíquica. Estamos ante una clara depresión por agotamiento.

Ahí tenemos, deprimido y sin esperanza, al siervo a quien Dios había confiado una misión muy especial: conducir al pueblo por el desierto, un desierto tan literal como metafórico. La desobediencia del pueblo había agotado la paciencia y la capacidad de resistencia de Moisés hasta llevarle a una depresión profunda.

### **La respuesta de Dios**

Llegados a este punto debemos examinar un aspecto crucial del pasaje que es también clave para un adecuado tratamiento del deprimido: ¿Cómo actúa Dios? Veamos la respuesta que le da a Moisés:

*«Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus principales. Y tráelos a la puerta del Tabernáculo y esperen allí contigo. Y yo descenderé y hablaré allí contigo y tomaré del espíritu que está en ti y pondré en ellos. Y llevarán contigo la carga del pueblo, y no la llevarás tú solo.» (Nm. 11:16-17)*

En el momento más necesario, cuando Moisés no puede más y desea la muerte, surge la palabra balsámica del médico supremo. Dios sabía bien la causa del estado de Moisés y la respuesta viene de la manera más adecuada. En la forma de actuar del Señor hay tres aspectos que queremos destacar. Dios le provee a Moisés de las tres cosas que más necesitaba:

#### Comprensión

Dios no censura a Moisés por su depresión ni le trata ásperamente; ni una palabra de reproche sale de la boca del Señor. La comprensión sustituye a la reprensión. Dios se nos presenta como maestro de la simpatía hacia el atribulado. Lo que menos necesitaba Moisés en aquel momento eran palabras de reproche. A nosotros, humanamente, nos podría parecer que Moisés merecía algún tipo de corrección. Pero el «Señor es lento para la ira y grande en misericordia» (Sal. 86:15). Esta respuesta de Dios constituye una

iluminadora advertencia para los que se apresuran a emitir juicios condenatorios o gestos de desaprobación cuando ven a un hermano como «caña cascada o pábilo que humea» (Is. 42:3). Si queremos parecernos a nuestro Maestro, haremos bien en imitarle: la misericordia, la comprensión y la simpatía deben abundar mucho más que el juicio severo, la repreensión o la condenación hacia el que sufre.

#### Ayuda práctica

Dios provee una salida. La respuesta de Dios no se limita a comprender a su siervo deprimido, sino que es sumamente práctica. Le proporciona la ayuda más asequible para que Moisés pueda salir de la depresión. El estado emocional de Moisés era muy parecido a una ciudad asediada por el enemigo. Lo más urgente es encontrar una salida que alivie este cerco. Observemos que Dios no le da una «solución» instantánea, de manera que el problema desaparezca de forma mágica. No olvidemos que la palabra solución no aparece en la Biblia ni una sola vez. En cambio sí se nos promete que «fiel es Dios que no permitirá que seáis probados más allá de lo que podéis soportar, sino que juntamente con la prueba dará también la salida» (1 Co. 10:13). Dios no cambió a Moisés por otro líder ni siquiera le dió oportunidad para un tiempo de descanso. El pueblo siguió siendo conflictivo; el peso de la dirección seguía estando allí. Pero algo muy importante sí cambió: Dios le dio la salida precisa, le proporcionó los instrumentos adecuados para afrontar la situación: «Setenta ancianos del pueblo llevarán la carga contigo y no la llevarás tú solo». Dios provee la salida adecuada en el momento adecuado.

#### Estímulo para su autoestima

Queda claro que Dios no consideró un pecado la depresión de Moisés. Si hubiese sido así, Dios le habría apartado de tan estratégica responsabilidad. Lejos de ello, le reafirmó en su tarea con una frase luminosa y terapéutica: «..y tomaré del espíritu que está en ti, y pondré en ellos» (Nm. 11:17). Una vez más Dios se nos revela como un exquisito conocedor de la mente humana. ¿No se había quejado Moisés de que Dios le trataba mal y de que casi le había desechado? (Nm. 11:11). La autoestima de Moisés, tan deteriorada, necesitaba una buena dosis de renovación. La frase «tomaré del espíritu que está en ti y pondré en ellos» implicaba dos grandes estímulos: por un lado, Dios no se había olvidado de Moisés, su espíritu estaba todavía presente en el líder del pueblo. Por otro lado, ¡Dios no podía insuflar un espíritu alicaído y débil en los otros ancianos! La lógica de Dios se hace aplastante: «Moisés, sigo creyendo y confiando en ti» es el mensaje claro que Dios le transmite con su decisión. Moisés estaba en depresión, pero era capaz de entender este mensaje: «si Dios toma de mi espíritu para darlo a otros, señal de que no debo ser tan desastre...».

El trato amoroso y delicado de Dios surtió efecto. Moisés pudo salir del valle oscuro de la depresión. Los acontecimientos posteriores de su vida nos muestran que esta crisis no fue estéril. Sin duda Moisés pudo aprender valiosas lecciones de esta dolorosa experiencia. El autor de Hebreos (He. 11:26-27) nos revela dos de los grandes secretos de la fe de Moisés:

*«Tenía la mirada puesta en el galardón»*

*«Se sostuvo como viendo al Invisible»*

Esta doble expresión de la fe de Moisés es la columna que le permitió asirse de Dios en la hora oscura de su depresión. Es la misma columna que todo creyente tiene a su alcance.

*Dr. Pablo Martínez Vila*

## Sobre el pecado, la culpa y el perdón

En la época en que vivimos, pocos conceptos han sido tan desfigurados y tan tenidos en poco como el de pecado. Para muchos esto es una idea anticuada, cargada de reminiscencias pueriles, impropia de personas maduras. No faltan quienes se burlan de él o lo ven como un freno para privar al ser humano de sus goces más sabrosos. Para ellos, Dios, con su condenación de todo lo pecaminoso, es un aguafiestas. Sin embargo, nada hay más real, más serio y más grave que el pecado. Prescindamos por un momento de nombres y conceptos y echemos una ojeada al mundo en que vivimos. Y ¿qué vemos? Ambiciones sin cuento, soberbia, violencia, opresión, insolidaridad, injusticia... Como consecuencia, guerras, incremento de la pobreza, violencia familiar en multitud de hogares, infidelidades, relajación sexual; frecuentemente, en muchos lugares, vulneración de los derechos humanos más fundamentales. Llámese a todo eso como se quiera: imperfección en el proceso evolutivo de la humanidad, incultura, estructuras sociales ineficaces. La Biblia lo incluye todo bajo una sola palabra: pecado.

### Esencia y universalidad del pecado

La Biblia es explícita cuando afirma que el pecado es «transgresión de la ley» (1 Jn. 3:4). Así se ve en el primer pecado cometido en el mundo. Dios, al crear la primera pareja humana, la había rodeado de todo lo necesario para su felicidad. Pero al disfrute de innumerables placeres había impuesto un límite: no podrían comer del fruto prohibido (Gn. 2:16-17). Muchas personas piensan que las prohibiciones de Dios cercenan la libertad plena del hombre. Pero ya se vio lo que sucede cuando el hombre hace mal uso de su libertad. El desastre en el Edén no pudo ser mayor. En realidad, los mandamientos divinos son comparables a los carriles de la vía férrea. Lejos de limitar la velocidad del tren, la facilita; salirse de ellos equivale a una catástrofe. Y catastrófico es el estado del mundo desde que el hombre decidió usar su libertad para desobedecer a su Creador.

No debe pensarse, sin embargo, que el pecado fue el problema de un individuo que arrastró en las consecuencias de su transgresión a toda su descendencia, pues, como dice el apóstol Pablo, «todos pecaron» (Ro. 5:12). Y «por cuanto todos pecaron, todos están destituidos de la gloria de Dios» (Ro. 3:23). No faltan quienes se resisten a aceptar estas afirmaciones bíblicas. Muchos se consideran «buenas personas» que no han hecho nunca mal a nadie. ¿Cómo puede Dios condenarlos? Pero si pensamos que pecado es no sólo el acto prohibido, sino también las actitudes de enemistad (Mt. 5:23-24), la palabra hiriente (Mt. 5:22), la mirada lasciva (Mt. 5:27-28), ¿quién puede considerarse justo y sin tacha? Penetrante como un dardo en la conciencia fue lo dicho por el Señor a los hombres que acusaban a una mujer de adulterio manifiesto: «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella» (Jn. 8:7).

### El aguijón de la culpa

Si el pecado es el acto de transgresión de la ley divina, la culpa es la carga de responsabilidad que recae sobre quien lo comete. Tan antigua como el ser humano es la tendencia a descargarnos de esa responsabilidad. Ya al principio, cuando Adán y Eva habían desobedecido y fueron interpelados por Dios, no reconocieron que la infracción de su ley era fruto de su codicia. Buscaron chivos expiatorios para librarse de culpa. «La mujer que me diste» dijo Adán; «la serpiente», dijo Eva. Es que el reconocimiento de la culpa propia es una insufrible tortura para la conciencia. David, después de haber cometido dos graves pecados (adulterio y asesinato de Urías - 2 S. 11) trató de ocultarlos. Decisión que lo atormentó de modo que hubo de confesar. «Mientras callé, se consumieron mis huesos en mi gemir todo el día» (Sal. 32:3). Este sufrimiento sólo tiene una salida: reconocimiento del pecado y confesión del mismo. ¡Qué alivio debió de sentir David cuando ante el profeta Natán pronunció la única palabra que lo podía tranquilizar: «PEQUÉ contra Yahvéh» (2 S. 12:13).

El hombre moderno también rehuye la asunción de culpa cuando peca. O bien niega que lo que ha hecho sea una falta o atribuye su mala acción a causas ajenas a su voluntad: ignorancia, circunstancias desfavorables, incitación de malos consejeros, fuertes propensiones implantadas en su código genético, etc. Pero es inútil tratar de esconderse de Dios. De una manera u otra, más tarde o más temprano, él pondrá al descubierto la falta cometida, y el infractor tendrá que asumir la culpa y el juicio condenatorio de Dios (Gn. 2:17; Ro. 5:12; Ro. 6:23).

### **La liberación del pecado y de la culpa**

Porque Dios es santo y justo, ha de castigar el pecado. Pero, porque es misericordioso, hace todo lo necesario para salvar al pecador. Es una admirable realidad el significado del nombre JESÚS. Él «salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1:21). ¿Cómo? Mediante su muerte en la cruz como sustituto de los pecadores (2 Co. 5:21). El resumen más precioso del Evangelio es un texto conocidísimo del Evangelio de Juan: «De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn. 3:16). Lo entregó a muerte en la cruz para efectuar la expiación del pecado y lograr así una perfecta propiciación que satisface la justicia divina (Ro. 3:24-26). Por eso Juan el Bautista, con aguda visión profética, al ver a Jesús, declaró: «He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn. 1:29). El apóstol Juan escribió acerca de quienes viven en la luz de Dios: «La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:7). Y Pablo afirmó con acento triunfal: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Ro. 8:1). Esta última frase es de importancia capital. Los que están en Cristo Jesús son aquellos que, arrepentidos de sus pecados, los confiesan a Dios, imploran su perdón y, mediante la fe quedan unidos a Cristo, Maestro, Redentor y Señor. La muerte de Cristo no aprovecha a quienes desoyen las invitaciones del Evangelio y siguen instalados en el pecado, indiferentes -u hostiles- a Dios. «El que cree en él no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito Hijo de Dios» (Jn. 3:18)

Por Cristo, Dios nos salva de la culpa del pecado. Y también de sus consecuencias: enemistad con Dios, exclusión de la comunión con él, pérdida del dominio propio, esclavitud moral (Jn. 8:34), vida sin sentido, zarandeada por toda suerte de pasiones e infortunios (Ro. 6:19); finalmente: muerte eterna (Mt. 25:46).

Pero Dios no nos salva sólo de las consecuencias del pecado; nos salva también del pecado mismo (Ro. 6:17-18). El creyente en Jesucristo, el verdadero discípulo suyo, experimenta un cambio profundo a raíz de su conversión, equivalente a una nueva creación (2 Co. 5:17). El que maldecía, bendice; el que era propenso a la ira, siente la influencia de la mansedumbre de Cristo (Ef. 4:26); el que robaba, deja de robar (Ef. 4:28), el libertino abandona su vida desordenada para vivir conforme a las normas de la Palabra de Dios (Ro. 6:19). Esa transformación tiene dos manifestaciones. Una, instantánea; la otra, parcial y progresiva. Tan pronto como una persona se convierte a Cristo deja sin demora y por completo de hacer cosas que antes hacía, sin esperar a una experiencia espiritual más profunda. No puede, por ejemplo, dejar de blasfemar, de robar, de estafar o de adulterar por etapas, paulatinamente, o disminuyendo la frecuencia con que anteriormente practicaba esos pecados. La ruptura con ellos ha de ser radical e inmediata. Pero esta fase inicial de la transformación del creyente no significa que éste deja de pecar en un sentido absoluto. Hay aspectos de su personalidad y de su conducta que experimentan la transformación de modo progresivo por la acción del Espíritu Santo y de la Palabra. Pretender en un momento dado que ya hemos llegado a la meta de la santificación, a la perfección sin tacha, sería un gran error. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros» (1 Jn. 1:8).

Esa dualidad de manifestaciones en la transformación del creyente causa cierta turbación a algunos cristianos sinceros, por lo que conviene una aclaración.

### **El pecado y la culpa en la vida del creyente**

Podemos asegurar que el cambio que se opera en la persona convertida a Cristo es una experiencia innegable. Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto, menciona a quienes en otro tiempo se permitían perversiones sexuales, a idólatras, avaros, maldicientes, estafadores... y a renglón seguido declara: «Y esto erais algunos, mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Co. 6:9-11). Sin embargo, todavía quedan residuos pecaminosos en la vida de todo creyente. Su vieja naturaleza subsiste, con sus instintos naturales y con los rasgos temperamentales que tenía antes de su conversión. El hecho de que esos residuos tengan como causa factores innatos en nosotros no nos exime de responsabilidad moral. No podemos excusarnos diciendo: «Estoy hecho así; es mi naturaleza...». Es precisamente en este campo donde el espíritu ha de librar una lucha sin tregua contra la carne (Gá. 5:19-24). En ese combate frecuentemente somos derrotados, pero muchas veces salimos victoriosos. A la victoria debemos aspirar siempre.

El hecho de que el pecado aún se manifieste de diversas formas en nosotros puede tener en nuestra conciencia efectos dispares. Unas veces induce a la racionalización de nuestros deslices, incluso a la justificación de lo que hemos hecho mal. Denotando una clara insensibilidad espiritual, vivimos tranquilamente una vida cristiana gris, tibia, de muy pobre testimonio. De este modo deshonoramos al Espíritu Santo, enviado por Dios el Padre para la regeneración y santificación del creyente. ¡Que no se canse el Espíritu Santo de nosotros!

En el polo opuesto se halla el creyente hipersensible, frecuentemente torturado por escrúpulos de conciencia a causa de acciones, palabras, pensamientos o sentimientos que en sí no son pecado, pero que la lente oscura de su mente le hace ver con una gravedad que no tiene. Es víctima de una conciencia mórbida, lo que espiritualmente siempre daña. La salida de este terreno peligroso se halla por el camino del equilibrio espiritual, mediante una comprensión clara de la enseñanza bíblica al respecto:

Es verdad que el pecado todavía tiene raíces en el creyente. Es verdad que «si decimos que no hemos pecado, hacemos a Dios mentiroso y su Palabra no está en nosotros» (1 Jn. 1:10). Pero también es cierto que «si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad» (1 Jn. 1:9).

Hay en la Escritura una metáfora en extremo sugerente: Dios arroja todos nuestros pecados a lo profundo de la mar y nunca más se acuerda de ellos (Mi. 7:19; Is. 43:25). Cierta comentarista, atinadamente y con cierto humor, añadió que además Dios puso un letrero en la playa con la inscripción «Prohibido pescar». Cierta. Lo que Dios ha hecho desaparecer en las profundidades del pasado ningún hombre puede sacarlo a la superficie del presente o del futuro.

Como pueblo redimido y perdonado, bien podemos unirnos para cantar juntos el corito aprendido en los días de nuestra adolescencia:

*¡Salvado soy! ¡Aleluya!  
Salvado soy.  
Mis culpas y pecados  
por Cristo son borrados  
¡Aleluya! ¡Salvado soy!*

*José M. Martínez*

## La muerte y el más allá

Todavía es tradicional en algunos países observar el día 1 de noviembre como el «Día de todos los Santos». Durante esa jornada se recuerda a los seres queridos que un día dejaron este mundo: padres, hermanos, hijos, amigos entrañables..., y en la mayoría de los casos se honra su memoria yendo al cementerio para depositar flores sobre o junto a la tumba del finado. Por lo general, esta práctica hace pensar en la muerte, el gran tema que ha preocupado a los humanos de todos los tiempos. Biólogos, psicólogos, filósofos, poetas, teólogos, todos, desde diferentes ángulos, han tratado de explicar el fenómeno de la muerte, sin que sus conclusiones lleguen a trivializarla o a iluminar su tenebrosidad.

### El hecho de la muerte

Se observa en la actualidad una tendencia a hermosear la figura del difunto maquillándolo y dándole un aspecto amable rodeándolo de flores... Pero la muerte es fea; siempre es fea. Y cruel. Es el zarpazo inmisericorde que arranca de nuestro lado a los seres más amados, incluidos niños candorosos que nos emocionan con su ternura. Es fea porque desnuda a sus víctimas, aun aquellas que en este mundo han sido colmadas de honores. Es injusta porque menosprecia el bien que de algún modo el fallecido reportó en vida a la humanidad. Nos gustaría que algunos hombres y mujeres, por su sabiduría, su bondad, su abnegación, vivieran inmortalmente. ¡Vano deseo! Como dice el escritor sagrado, «está establecido que los hombres mueran...» (He. 9:27). Los investigadores pueden multiplicar sus trabajos y experimentos con miras a prolongar la vida; pero su labor a la postre es infructuosa si lo que se pretende es acabar con la muerte. Los biólogos nos dicen, con razón, que la muerte es el punto final de un proceso de degradación biológica que comienza cuando nacemos y va avanzando con deterioro creciente hasta que morimos. Es ley para todos los seres vivos.

¿Y qué es morir? ¿Una simple cesación de todas las funciones vitales que determina un comienzo de descomposición de todo el cuerpo? Sí, pero la muerte es mucho más. Es un abocamiento al misterio más inquietante. ¿Se acaba todo cuando expiramos? ¿Nos hundimos en el no-ser, en cuyo caso es verdad que «la vida es sueño» y que no valía la pena haber nacido? ¿O hay algo más? Desde los tiempos más remotos, la mayoría de pueblos han tenido el convencimiento de que tras la muerte sobrevivimos de algún modo: supervivencia del alma separada del cuerpo (antiguos filósofos griegos), iniciación de un viaje del alma al destino final (egipcios y griegos). Muy difundida ha estado también la idea de la reencarnación en sucesivas vidas terrenas (budismo). El cristianismo, como veremos, ha introducido una concepción nueva de la muerte presentándola como tránsito a una vida nueva en un estado de felicidad o en uno de miseria, según se haya vivido antes. Frente a tal diversidad de opiniones, muchos optan por el agnosticismo, por el «no sé». El humanista francés Rabelais, moribundo, hizo una declaración tan concisa como reveladora: «Me voy en busca de un gran quizás». Pero, sea cual sea la idea que se tenga, la muerte siempre intranquiliza.

### Reacciones ante la muerte

Varían considerablemente. Hay quienes ni siquiera pueden oír hablar de ella; les causa terror, y viven toda la vida atormentados por el temor a que les sobrevenga en cualquier momento. Otros fingen indiferencia. No faltan los herederos del antiguo estoicismo clásico que preconiza la serenidad de espíritu frente a toda clase de circunstancias, gratas o dolorosas, incluida la experiencia de la muerte. Alguno de aquellos filósofos, al parecer, creyó haber descubierto el secreto para desterrar el temor a la muerte: «La muerte -decía- es algo que no debemos temer, porque, mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros ya no somos». Pura palabrería.

Probablemente la actitud más común hoy en los países occidentales es la inspirada por el epicureísmo de antaño, equivalente al materialismo hedonista de hoy. Su doctrina pragmática se

resume en dos frases: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos». Sólo preocupa el disfrutar, el pasárselo bien, teniendo el pensamiento tan ocupado en el presente que no queda lugar para ideas lúgubres relativas al futuro, sobre todo, la de la muerte. Es verdad que no todos los hedonistas son materialistas. Los hay que viven preocupados por -y ocupados en- cuestiones intelectuales en las que centran todo su interés.

Sólo una minoría, a menudo menospreciada, da a su mundo interior una dimensión de trascendencia. ¿No serán éstos los verdaderamente sabios? El escritor catalán Joan Perucho, anciano y enfermo, manifestaba que el mundo actual para él «no tiene atractivo», y que no le interesan ni el arte, ni las letras, y el periodismo y la literatura tampoco. «Ahora lo único que me interesa -dice- es la eternidad, lo que hay al otro lado del espejo y que sólo pueden ver los santos y lo poetas». Alguien pensará que una declaración así no es de extrañar en un octogenario; pero la sabiduría de sus palabras es para todas las edades (nunca sabremos cuándo estamos cercanos a nuestro fin en la tierra).

Antes de concluir nuestra reflexión sobre cómo reaccionar ante la muerte, un recuerdo: el del rico necio de la parábola. Su único valor y su afán consistía exclusivamente en multiplicar sus bienes para poder disfrutar del mayor bienestar posible una vez retirado de su vida laboral. Pero cuando llegó este momento y manifestaba su ilusión «Ahora, alma mía, descansa, come, bebe, diviértete», Dios le dijo: «Necio, esta noche vienen a pedir tu alma» (Lc. 12:20).

### **El meollo de la muerte**

En el caso del hombre la definición del biólogo, aun admitiendo su validez, no expresa toda la verdad. La Sagrada Escritura, testimonio de la revelación de Dios, pone al descubierto la faz negra de la muerte: el pecado. La primera pareja humana fue advertida de que el día que desobedeciera a Dios moriría (Gn. 2:17). El apóstol Pablo, divinamente inspirado, afirma que «la paga del pecado es muerte» (Ro. 6:23); y en otro texto manifiesta que «el aguijón de la muerte es el pecado» (1 Co. 15:56). No menos explícito es cuando presenta la clave del drama humano: «... el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte». Asimismo «la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Ro. 5:12).

Esta relación entre pecado y muerte es lo que hace más temible la llegada de ésta; no sólo porque a la muerte le sigue el juicio (He. 9:27), sino porque aun antes de la muerte física, el ser humano, en su naturaleza caída, está «muerto en sus delitos y pecados» (Ef. 2:1), por lo que su vida física en la tierra está sometida a las tendencias de una personalidad egocéntrica que induce al mal. No es de extrañar que un hombre sensible clamara a Dios: «Señor, líbrame de ese hombre malo que soy yo».

### **La liberación de la muerte**

Afortunadamente hubo quien llevó a efecto esa liberación. El Señor Jesucristo salva del pecado y sus consecuencias a cuantos confían en él y en su obra redentora. Por ese motivo se le impuso el nombre de JESÚS, «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1:21). Esto es así porque él anuló la malignidad del pecado expiándolo mediante su sacrificio en la cruz. «Su sangre nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:7); «él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Jn. 2:2). El perdón divino que él nos otorga nos abre las puertas a una nueva vida que pone fin a diferentes formas de esclavitud moral, a un cúmulo de frustraciones y sufrimientos, a un vacío torturador. La vida hallada en Cristo reporta paz, certidumbre, y da sentido a nuestra existencia. En él se encuentra un nuevo «por qué» y un nuevo «para qué». Y algo más: Cristo nos libera del temor a la muerte (He. 2:15), por cuanto nos hace herederos de una vida nueva, imperecedera, en su presencia en los cielos. Enfáticamente el Señor Jesucristo asegura que «el que cree en él tiene vida eterna» (Jn. 6:47).

**¿Hay, pues, un más allá?**

Si nos atenemos a la enseñanza bíblica, la respuesta es Sí. No todo concluye con la muerte. Los evangelistas nos indican que la cruz y el sepulcro no fueron el final de la vida de Jesús. Atestiguan fehacientemente que «al tercer día resucitó», como resume el credo apostólico. La aparente tragedia se convirtió en el mayor de los triunfos. Como Lutero, los cristianos podemos exclamar alborozados: «Vivit, vivit!» (¡Vive, vive!), y recordamos con no menor gozo las palabras de Jesús: «Porque yo vivo, vosotros también viviréis» (Jn. 14:19). Su poder vivificador se manifestó durante su ministerio público en la resurrección de tres personas: la hija de Jairo, la del hijo de la viuda de Naín y la de Lázaro. Igualmente se manifestará en su segunda venida, cuando los muertos en Cristo resucitarán para unirse a él y permanecer con él para siempre (1 Ts. 4:14-16). Pero la esperanza cristiana no apunta sólo a un día escatológico más o menos remoto. También ilumina lo que acontece inmediatamente después de la muerte. Al ladrón arrepentido dijo Jesús: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc. 23:43). Y a sus discípulos declaró poco antes de comenzar su pasión: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay... Si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo para que donde yo esté también estéis vosotros» (Jn. 14:2-3). Los apóstoles y los primeros cristianos en general se gozaban en esta esperanza con absoluta certeza (2 Co. 5:1-4). Hoy, como entonces, todo creyente puede decir con Pablo que «el morir es ganancia» (Fil. 1:21). Quien confía en Cristo nada ha de temer: ni un purgatorio inexistente (Cristo hizo de modo perfecto la «purgación» de nuestros pecados para siempre mediante su muerte expiatoria, - He. 1:3; He. 9:26-28 -), ni una larga espera en estado de «dormición» hasta la resurrección en el retorno de Cristo. Morir, para el creyente, es «partir (de manera inmediata) para estar con el Señor» (Fil. 1:23). Cuando comparamos la gloria que espera al cristiano auténtico con los temores, inquietudes y sufrimientos que se padecen ahora en la tierra, podemos afirmar con el apóstol Pablo que morir es «muchísimo mejor».

Pero no todos los seres humanos comparten esa visión. No pueden. Para los incrédulos no hay perspectiva de gloria más allá de la muerte. Sólo la hay de aniquilación o de juicio condenatorio (He. 9:27; Jn. 3:18-19). Y ¿quién podrá justificarse delante de Dios? Ni buenas obras, ni sufrimientos, ni ignorancia pueden salvar a nadie. Quien no se acoge al arca de salvación, que es Cristo, sólo puede esperar la exclusión del Reino de Dios en «las tinieblas de afuera» (Mt. 22:13; Mt. 25:30). Pero no es ésta la voluntad de Dios, sino que todos los hombres se arrepientan, vengán al conocimiento de la verdad y sean salvos (1 Ti. 2:4)

### **El más allá en relación con el más acá**

La relación existe. Lo que se halla al otro lado de la muerte es en cierto modo una prolongación de lo que ha sido la vida anterior. La persona que aquí ha vivido siempre en la indiferencia espiritual, de espaldas a Dios, sorda al mensaje de Cristo, no podría jamás gozarse en los deleites de la santidad, de la alabanza a Dios y del servicio a Cristo. Su condenación es su alejamiento definitivo de Dios, la oscuridad moral sin esperanza de nueva luz, la cosecha permanente de todas las consecuencias del pecado. La que en esta vida ha reconocido a Cristo como su Salvador y Señor, le ha servido y ha vivido conforme a las demandas éticas del Reino de Dios, verá su gozo incrementado al disfrutar de la presencia de su Salvador en la plenitud de su gloria, sin velos ni limitaciones. No podemos precisar con detalle en qué consistirá la condenación o cuáles serán los goces de la salvación, pero la Sagrada Escritura nos instruye suficientemente para querer evitar la primera y desear lo segundo. La dualidad de los destinos aparece bien ilustrada en la parábola del rico y Lázaro (Lc. 16:19-31). Su mensaje es suficientemente solemne para que nos lo tomemos en serio.

Igualmente significativa es la parábola que ilustra el juicio final (Mt. 25:31-46). Las ovejas representan a las personas que han vivido en esta vida haciendo bien a manos llenas, ayudando, consolando, supliendo necesidades, prodigando por doquier amor (lo característico del cristiano consecuente con su fe); lo que han hecho lo han hecho por amor a Cristo. Los cabritos simbolizan a quienes han encerrado su existencia en una bolsa de negación («No me disteis de comer», «no me disteis de beber», «no me recogisteis», «no me vestisteis», «no me

visitasteis»). A los primeros les dice que lo que han hecho en favor de los desvalidos ha trascendido a su divina persona: «A mí lo hicisteis». Asimismo las negaciones de los insensibles al sufrimiento de su prójimo son una proyección del trato negativo que han dispensado a Jesucristo («tampoco a mí me lo hicisteis»).

Diferentes textos bíblicos destacan la conexión entre el antes y el después de la muerte. Lo esencial del «después» será fruto de lo hecho «antes» (2 Co. 5:10; Ro. 14:10). La salvación es gratuita. No nos la ganamos; nos es dada por pura gracia de Dios. Pero nuestra posición en el disfrute de la salvación dependerá de nuestra fidelidad o infidelidad aquí ahora. Podemos ser siervos fieles o siervos infieles. De ello depende que al final Cristo alabe o reproche nuestro servicio (Mt. 24:45-51).

Una observación final: la creencia en la otra vida, nos ayuda a determinar nuestros valores y prioridades. Nos será útil para ello recordar al rico insensato al que ya nos hemos referido.

Que la muerte sea una penetración en el reino de las tinieblas o que sea la entrada a una vida gloriosa depende de la actitud de cada uno ante Cristo. Quien cree en él y le sigue como discípulo obediente, lejos de arredrarse ante la muerte, sentirá el gozo de renovar su consagración a Aquel que es la resurrección y la vida, y dirá como el apóstol Pablo:

*«Ninguno de nosotros vive para sí,  
y ninguno muere para sí.  
Si vivimos, para el Señor vivimos;  
y si morimos, para el Señor morimos.  
Así, pues, sea que vivamos o que muramos  
del Señor somos.  
Cristo para esto murió, resucitó y volvió a vivir:  
para ser Señor así de los muertos  
como de los que viven.»*

*José M. Martínez*

## Las maravillas de la Navidad

Una vez más el curso imparable del tiempo nos introduce en el mes de la Navidad. Por todas partes se ven innumerables luces, ornamentos en las calles y, sobre todo, una actividad febril de carácter comercial. Para muchos la fiesta de Navidad es la más entrañable por su fuerza evocadora de hermosos recuerdos familiares. Con todo, es para la mayoría una fiesta vacía. Ha perdido lo más importante: el recuerdo agradecido de Aquel que nació en un establo de Belén para nuestra salvación. Por eso, más que una fiesta cristiana, la Navidad es una fiesta profana. Y profanadora, pues trivializa lo esencial de su mensaje. Debiera ser la más espiritual y es la más carnal. Debiera mover a la meditación y, por el contrario, incita a la diversión, a la satisfacción de instintos tan primarios como comer y beber, frecuentemente sin freno. La Navidad, tal como se celebra hoy, es una exhibición de folklore sensual y consumista que oculta el significado del acontecimiento más maravilloso de la historia.

Pero ¿qué significa realmente la Navidad? ¿En qué consiste lo auténticamente maravilloso de aquel nacimiento que iluminó gloriosamente al mundo? A la luz del texto bíblico de Lucas 2, observamos tres grandes maravillas:

### I. La maravilla de la providencia divina (Lc. 2:1-7)

Se puso de manifiesto en la orden imperial de empadronamiento. ¡Qué gran contratiempo para José y María! El viaje de Nazaret a Belén era largo, duro y peligroso. Especialmente penoso había de ser para María, dado su estado. ¿Por qué permitía Dios esta prueba precisamente en la experiencia de una mujer a la que el ángel Gabriel había saludado con el calificativo de «muy favorecida» y a quien hizo una declaración alentadora: «El Señor está contigo»? (Lc. 1:28). ¿Estaba con su escogida y permitía una penalidad tan angustiosa?

En todos los tiempos ha habido creyentes fieles que, sometidos a grandes sufrimientos, se han hecho la pregunta que otros antes se han repetido mil veces: «Si Dios me ama tanto, ¿por qué lo permite?» No siempre Dios da una respuesta a este interrogante. Pero a veces sí. Y siempre se ve, al final, que su providencia en todos los casos se desarrolla conforme a propósitos sabios y siempre henchidos de bondad. Tenía razón Pablo cuando escribía: «A los que a Dios aman todas las cosas cooperan para bien» (Ro. 8:28).

En el caso de José y María, era de enorme importancia que Jesús naciera en Belén, la ciudad de David. Sólo así se cumpliría la profecía de Miqueas (Mi. 5:2). Por su propia iniciativa, José y María no habrían emprendido el viaje a Belén; pero el edicto imperial les obligó a ello. Pero en último término tampoco fue el emperador el causante del viaje. Controlando todos los acontecimientos estaba soberanamente Dios. A menudo su providencia aparece a nuestros ojos como un misterio inquietante, torturador; pero el gobierno supremo de cuanto acontece finalmente está en las manos de Dios. Es una realidad gloriosa que se manifiesta tanto en la vida individual del creyente (así se ve en el caso de José, hijo de Jacob), como en la historia del pueblo de Dios. Dirigiendo el curso de todo cuanto acontece, desde lo alto de su soberanía, el Señor dice a los suyos atribulados en medio de la tempestad: «Soy yo, no tengáis miedo» (Mt. 14:27).

### II. La maravilla de la gracia (Lc. 2:8-9)

Es asombroso que el nacimiento de Jesús, el hecho más trascendental de la historia, fuese anunciado a unos sencillos pastores. Quienes se dedicaban en Israel al pastoreo de ganado constituían una clase baja y menospreciada por los líderes políticos y religiosos a causa de su incapacidad para cumplir las prescripciones rituales establecidas por los escribas y los fariseos. Lo lógico humanamente habría sido que el nacimiento del que había de ser «Rey de Israel» hubiese sido comunicado por los ángeles en el templo, a los sacerdotes, o en el palacio de Anás,

sumo sacerdote y presidente del Sanedrín. Pero Dios tiene pensamientos muy superiores y a menudo del todo opuestos a los nuestros. Así es cuando de grandeza se trata. Él humilla al que se ensalza y ensalza al que se humilla (Lc. 14:11). Algo de esto pudieron ver los creyentes de Corinto, a quienes escribió Pablo: «Mirad, hermanos, vuestro llamamiento, que no sois muchos sabios según la carne. Ni muchos poderosos, ni muchos nobles, sino que escogió Dios lo necio del mundo para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo para avergonzar a lo fuerte, y lo que no es para anular lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia» (1 Co. 1:26-29).

Por eso la «buena nueva» del nacimiento de Cristo no fue comunicada a los «grandes» de Jerusalén, sino a los desdeñados pastores de Belén. Algo semejante sucede hoy. Sabios y filósofos, incluso algunos «teólogos»(!), se burlan de los relatos bíblicos, mientras que creyentes sencillos, por la misericordia de Dios, se gozan porque un día glorioso nació su Salvador y Señor. Aquel bebé era el «don inefable» de Dios al mundo (2 Co. 9:15). Pero lo más maravilloso es que cada creyente en Cristo puede decir: «La gracia de Dios un día me alcanzó también a mí», tan pobre, tan pecador. En esa realidad se goza y, jubiloso, canta:

*Me gozo en Jesús,  
que su trono de Luz  
dejó por comprar  
mi salud en la cruz.*

Ese es el gozo que debe infundir el hecho de la Navidad.

El apóstol Pablo expuso magistralmente el misterio de la encarnación del Hijo de Dios: «Cristo, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y hallado en su porte exterior como hombre, se humilló a sí mismo, al hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:6-8).

Ahora, en virtud de la humillación redentora de Cristo, la salvación es riqueza poseída por todo aquel que cree en él y le sigue. Pero esta fe y este seguimiento implican humillación por nuestra parte si reconocemos que somos pecadores indignos del favor de Dios. Humillados, nos despojaremos de nuestro orgullo y de toda idea de mérito. Simplemente confesaremos nuestros pecados a Dios y rogaremos como el publicano de la parábola: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lc. 18:13). La iglesia de la Natividad en Belén tiene una particularidad curiosa: la puerta de acceso al templo es de tan escasa altura y tan estrecha que para entrar es necesario agacharse. Es que, como alguien ha dicho, el Reino de Dios es «un lugar no apto para mayores». Hay que hacerse niño. Hay que humillarse. Pero el que se humilla será elevado a las alturas de la gloria de Cristo (Col. 3:4).

### III. La maravilla del mensaje (Lc. 2:10-12)

El evangelista destaca las características más prominentes del mensaje del ángel:

**Desvanece el temor** (Lc. 2:10). En tiempos del Antiguo Testamento las teofanías (manifestaciones visibles de Dios) y cualquier aparición de un ser superior a los humanos (ángel) atemorizaban a quienes las presenciaban. No es de extrañar que los pastores quedaran sobrecogidos y temerosos ante lo que veían y oían. El misterio de realidades normalmente invisibles, superiores, divinas, asombran e infunden profundo respeto, temor reverencial. Fue la experiencia de Jacob en Betel (Gn. 28:17). Cuando la presencia de Dios, manifestada de modo insólito o sobrenatural, se percibe con realismo, el ser humano se intimida. Así ha sido desde que el primer hombre cayó en el pecado (Gn. 3:19). Adán corrió a esconderse al oír la voz de Dios. Era de temer un juicio severo. Y «tuvo miedo» (Gn. 3:10). Había motivos para tenerlo.

Pero el Dios que se acerca a los hombres en la encarnación de su Hijo no es un Dios aterrador, sino un Dios Salvador.

**Anuncia salvación:** «Os ha nacido un Salvador». ¿No era esta noticia motivo de gozo inmenso? Muchos judíos anhelaban ser liberados del yugo romano y de las calamidades temporales. En este aspecto tenían mucho en común con los seres humanos de todos los tiempos. Infinidad de hombres y mujeres suspiran por verse salvados de enfermedades, de estrecheces económicas, de amenazas graves, de situaciones de abandono, de soledad, de incapacidad para afrontar el futuro. ¡Circunstancias realmente angustiosas! Y muchas veces -no siempre- Dios, en su misericordia, salva de esas calamidades. Pero tal salvación no es lo más importante si no somos salvos de algo peor: la justa condenación que merecemos a causa de nuestra indiferencia o rebeldía frente a Dios.

Pero la salvación en Cristo nos libra precisamente de ese mal: «Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1:21). Esta salvación no se ha logrado de modo fácil. Fue necesaria la muerte de Cristo como sacrificio en expiación por nuestros pecados (Ro. 3:24-26).

Otro aspecto de la salvación es que nos proporciona «vida eterna» (Jn. 3:16).

**Es un mensaje acreditado** (Lc. 2:12). El anuncio del ángel no era una fantasía, expresaba una realidad. Pronto los pastores podrían ver al recién nacido «envuelto en pañales y acostado en un pesebre».

En nuestros días, veinte siglos de cristianismo acreditan el mensaje del Evangelio, su veracidad y su poder regenerador. Pese a todos los ataques que la fe cristiana ha sufrido a lo largo de dos milenios, los hechos han demostrado que el Evangelio es «poder de Dios para dar salvación a todo aquel que cree» (Ro. 1:16).

#### **IV. La reacción ante el hecho de la Navidad**

El evangelio de Lucas menciona una doble reacción: la de María, que fue un acto de recogimiento para la meditación (Lc. 2:19); y la de los pastores, una reacción de testimonio y alabanza: «Dieron a conocer todo lo que se les había dicho del niño» y «regresaron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto» (Lc. 2:20).

Hoy todo cristiano, la Iglesia cristiana en su globalidad, habría de reaccionar ante la Navidad del mismo modo: ahondando en la maravilla de la encarnación del Hijo de Dios, proclamando al mundo que todo ser humano puede ser salvo, beneficiario de una nueva vida henchida de bendición, pues «en el cumplimiento del tiempo nació un Salvador, que es Cristo el Señor», y alabando a Dios vivamente agradecidos «por su don inefable» (2 Co. 9:15).

*José M. Martínez*

## Libros de José M. Martínez

- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Los cristianos en el mundo de hoy**, Editorial CLIE y AEE, 1987, ISBN: 84-7645-244-6
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- El cristiano y sus relaciones**, Andamio, 1999
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2001, ISBN: 84-8267-174-X
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0

## Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5

## Folletos de José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España